

# LA PLANIFICACION: UN RETO, UN MITO, UNA UTOPIA, UNA CONTRAUTOPIA, UNA REALIDAD \*

POR

ANGEL MARTÍN DEL BURGO Y MARCHÁN

*SUMARIO: CAPÍTULO PRIMERO. La planificación: un reto.—CAPÍTULO II. La planificación: un mito.—CAPÍTULO III. La planificación: una utopía.—CAPÍTULO IV. La planificación: una contrautopía.—CAPÍTULO V. La planificación: una realidad.*

## CAPÍTULO PRIMERO

### *La planificación como reto*

Es pura nimiedad la circunstancia de que la planificación, como técnica operativa, pase, más o menos legítimamente, de un sistema político-social a otro. Al fin y al cabo esto puede ser reducido a un simple fenómeno de intercambiabilidad de técnicas, dentro de un mundo de antagonismos, en cuanto la técnica es un instrumento de circulación universal.

Es pura nimiedad, repetimos, si ello se compara con el subfondo de la cuestión. Porque, en éste, hay latentes grandes y graves problemas. Para empezar, un hecho nos marca la real envergadura de éstos: la reductibilidad de la planificación en la forma que acaba de hacerse, esto es, a pura técnica, resulta convencional en extremo, porque la planificación, como ha sostenido con toda evidencia Charles BETTELHEIM (1), *no es una simple técnica, sino un modo de funcionamiento de cierto tipo de sociedad*. Pues bien, entendida así la cuestión, ya sí que puede empezarse a ir comprendiendo algo de lo que la planificación representa como fenómeno colectivo. Por de pronto, la operación de trasvase, desde los países del Este a los del Oeste, implica el riesgo de que en éstos se produzca una reacción de rechace, algo así como lo que ocurre en biología con las operaciones de trasplante de órganos, por la repulsa del organismo propio ante injertos extraños.

---

\* Las referencias a obras o a pensamientos anteriores, corresponden a aquellos recogidos en anterior trabajo del autor (*Dimensión temporal de la planificación*) inserto en el número 69 de esta misma REVISTA. Las alusiones a temas a tratar posteriormente, o más adelante, se refieren a los que serán examinados en ulterior estudio, posiblemente en un libro que incluya toda esta temática.

(1) Charles BETTELHEIM: «Planificación y crecimiento acelerado», Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1965, p. 12.

Que si es cierto que en un caso esta repulsa es movida por mecanismos fisicoquímicos, mientras en el otro lo es por motivaciones psicológicas y sociológicas, de todas formas la reacción es siempre sumamente preocupante, aunque, cierto es, no con igual grado de implacabilidad.

En el mundo capitalista y neocapitalista, reconozcámoslo lealmente, el instituto de la planificación no es fácilmente digerible, sino que, por el contrario, para muchos se presenta indigesto en extremo. La causa principal es conocida: proviene de que, para éstos, presenta un tufillo URSS que les resulta intolerable. Y no se trata de exagerar, ni de jugar con el lenguaje. Podemos apelar aquí a las observaciones de José Luis L. ARANGUREN (2) sobre el sentido emocional negativo del término «marxismo», precisamente porque, según advierte este profesor, suele funcionar como un eufemismo de la escalofriante palabra «comunismo» que es lo que verdaderamente produce terror.

No obstante, los Gobiernos y los hombres más responsables del mundo anticomunista han llegado a la convicción de que, sin un mínimo de planificación, la supervivencia de sus respectivas sociedades se presentaba un tanto problemática. Y obraron en consecuencia. Se aplicaron al arte de propiciar lo que en principio aparecía tan hosco y repelente. Pero, cuerdamente a nuestro juicio, en este empeño dieron prioridad al instinto y a la emoción sobre el raciocinio y el logos, no obstante el alto grado de racionalidad que caracteriza a la planificación, como en su momento expondremos (en trabajo posterior).

Para que sus pueblos aceptaran un mínimo de planificación, los políticos de Occidente recurrieron al ardid que estimaron más eficaz: presentaron la planificación de los países socialistas como un reto. Ha sido una idea feliz, porque, como sostiene ORTEGA (3), «todas las emociones populares no se ponen en movimiento si no es merced a resortes pueriles».

Pueril o no, lo cierto es que este ardid del reto está siendo utilizado en el mundo actual como uno de los instrumentos más eficientes en todos los intentos de potenciación del patriotismo y de la moral nacional. La evidencia del éxito de esta estrategia es causa de su difusión creciente y de su máximo apogeo. El reto es una de las armas políticas de más frecuente uso en nuestros días. Hay retos recíprocos, de Occidente a Oriente y de Oriente a Occidente. Como los hay de los países

---

(2) José Luis L. ARANGUREN: *El marxismo como moral*, Alianza Editorial, Madrid, 1968, p. 22.

(3) J. ORTEGA Y GASSET: *El genio de la guerra y la guerra alemana*, Obras Completas, t. II. Madrid, «Revista de Occidente», 1950, p. 192.

desarrollados a los del llamado «Tercer Mundo», y de éste a aquéllos. Dentro de cada uno de estos mundos hay sus retos particulares, de una nación a otra.

A su vez, los Gobiernos, ante el reto que reciben del exterior, lo trasladan a su propio pueblo, como revulsivo. Así, se reta a los españoles, hablándoles del «milagro» alemán, y a los alemanes, presentándoles el «milagro» japonés, y así sucesivamente. Se reta a América, espoleándola con el ejemplo de Europa, y a Europa, con el ejemplo de América (4).

Habrá que llegar a la conclusión de que, en este aspecto, es como si hubiéramos arribado a una nueva Edad Media, a una nueva época de lances y desafíos. Son necesarios. No para lavar el honor de nadie, en el que cada vez se repara menos, sino para remover las vidas excesivamente tranquilas y chatas de tantos espíritus adormecidos, sin esperanza. El instinto de los políticos les hace ver que nada más funesto para ellos que el que la gente empiece a hastiarse. Temen horriblemente que, en sus respectivos países, pueda decirse lo que LAMARTINE dijo del suyo: «¡Francia se aburre!» (5). Se quiere el orden, pero no el aburrimiento.

A los pueblos se les trata de sacar del marasmo, y a la Administración, de la rutinación, mediante la espoleta de estos retos, reales o imaginarios. Porque si el reto no existe, no se pierde nada inventándolo. El reto podemos insertarlo, sin el menor esfuerzo, dentro de la tipología de un fenómeno sociológico perfectamente contrastado: la *competición*. Esta, dicho sumariamente, es un proceso social en el que dos o más personas o grupos sociales se esfuerzan por lograr un mismo objetivo. Joseph M. FICHTER, de quien nos hemos valido para dar esta definición, resalta que la competición es siempre más fuerte si el objeto escasea y es de gran valor (6). De ahí la penetración psicológica de un DE GAULLE, en la frase antes citada, al decir: «La planifi-

(4) Como es sabido, la fina astucia política de Jean Jacques SERVAN-SCHREIBER le condujo a montar su plataforma de lanzamiento con una obra de «desafío»: *El desafío americano*, Ed. Plaza-Janés, S. A., 17.ª edición, Barcelona, 1969. Tema en el que ha debido encontrar un buen filón, puesto que no tardó en insistir en él, con nuevos alcances: *El desafío radical*, la misma editorial, Barcelona, 1970. Alrededor del tema no han dejado de proliferar nuevas producciones librescas, como la de Ernst MANDEL: *Proceso al desafío americano*, Editorial Nova-Terra, Barcelona, 1970; o la de Hakan HEDBERG: *El reto japonés*, lanzado también por Plaza-Janés, edición 1970; o la española de Antonio ROBERT: *El reto de Europa*, Editorial Moneda y Crédito, S. A. Madrid, 1968.

(5) Jacob BURCKHARDT: *Reflexiones sobre la Historia Universal*, México, «Fondo de Cultura Económica», 1961; 2.ª edic. en español, 1961, p. 222.

(6) Josep H. FICHTER: *Sociología*, Barcelona, Editorial Herder, S. A., 1965; 2.ª edición, p. 245.

cación es el gran negocio de la República», sin duda con el sano propósito de movilizar las fibras más sensiblemente patrióticas del pueblo galo, puesto que, como afirma W. Arthur LEWIS (7), «el plan fortifica la conciencia de sí mismo, del país».

Por otra parte, es digno de mención el hecho de que la *competición* es un fenómeno bien diferenciado del *conflicto*. En este sentido, Max WEBER (8) contrapone la *lucha* a la *competencia*. Una relación social es de *lucha* —nos dice— cuando la acción se orienta por el propósito de imponer la propia voluntad contra la resistencia de la otra u otras partes. Mientras que se denominan *pacíficos*, continúa, aquellos medios de *lucha* en donde no hay una violencia física efectiva. La *lucha pacífica*, agrega, llámase *competencia* cuando se trata de la adquisición formalmente pacífica de un poder de disposición propio sobre probabilidades deseadas también por otros. A más de ello, se debe hacer notar que la *competencia* debe considerarse más fluida y tolerable cuanto más extensa sea el área geográfica sobre que aquélla se desenvuelva y, por tanto, cuando ésta se internacionaliza, lejos de actuar como factor negativo y excluyente, se convierte en un elemento mutuamente estimulante y acelerador del progreso.

El reto exalta el espíritu competitivo, y éste, a su vez, sirve muy eficazmente para movilizar energías y voluntades. Jacob BURCKHARDT, aun no pensando en esto, sino en las guerras, expone un pensamiento que en cierta forma tiene validez: con su espíritu pesimista, nos viene a decir que «entre las cosas lamentables de todo lo terrenal parece contarse la de que el individuo no crea adquirir el pleno sentimiento de su valor más que comparándose con otros y, en ciertos casos, haciéndoselo sentir a éstos de un modo real» (9). El mismo J. BURCKHARDT, sirviéndose de una cita de LASAULX (10), aduce que «el antagonismo es la causa de todo desarrollo» y que puede existir una «pugna armónica».

Hasta un tecnócrata tan tecnócrata como es Pierre MASSÉ no ha dudado en referirse a la planificación en una forma entusiástica e intrigante, presentándola como una *aventura*, aunque, eso sí, para apa-

(7) W. Arthur LEWIS: *Teoría de la planificación económica*, México, «Fondo de Cultura Económica», 1968; 1.ª edic. en español, p. 154.

(8) Max WEBER: *Economía y Sociedad*, México-Buenos Aires, «Fondo de Cultura Económica», 1964; 2.ª edic. en español, t. I, p. 31.

(9) Jacob BURCKHARDT: *Reflexiones sobre la Historia Universal*, México-Buenos Aires, «Fondo de Cultura Económica», 1961; 2.ª edic. en español, p. 213.

(10) Jacob BURCKHARDT: *ob. cit.*, p. 214.

ciguar su conciencia, cuidándose de puntualizar que se trata de una *aventura calculada* (11).

Presentar la planificación como una aventura equivale al empleo de un revulsivo, capaz de atraer a los que, por temperamento, buscan lo arriesgado y dificultoso. Porque no debe olvidarse que, como ha puesto de relieve Arnold J. TOYNBEE (12), no es cierto que las civilizaciones surjan cuando los contornos ofrezcan condiciones de vida extraordinariamente favorables, razón por la que habla de «las virtudes de la adversidad». Este autor, que se remite en este punto a Charles KINGSLEY, «el exponente victoriano de la vida esforzada», así como a HERODOTO, afirma que todo lo que invite a la molicie y a la inacción constituye una «trampa del diablo». «Sólo después que Adán y Eva fueron expulsados de su tierra del loto edénica sus descendientes se pusieron a inventar la agricultura, la metalurgia y los instrumentos musicales» (13).

Por todo esto no debe extrañarnos que los Estados modernos presenten la planificación como un reto o como una aventura, pues, como dijo ORTEGA en 1943 (14), «Hoy son los pueblos, las colectividades nacionales, los Estados quienes practican en grande y a todo meter la aventura, dándose la circunstancia tragicómica de que en lo interior de la inmensa turbulencia la vida de cada individuo transcurre más metodizada y reglamentada que nunca». ¡Qué gran clarividencia!

Lo que ocurre es que el Estado acomete la aventura de la planificación para terminar con las aventuras de los demás. Porque, los demás, acaban siendo o funcionarios o colaboradores de la Administración, lo que viene a representar una forma dulcificada y atenuada de quedar insertos en la disciplina jerárquica de la organización administrativa. En definitiva, puede decirse que con este reto se pretende, de un lado, acabar con el espíritu anarquizante e individualista de los particulares, y de otro, superar ese espíritu, canalizándolo uniformemente, a tono con las concepciones de los autores de la planificación.

(11) Pierre Massé: *ob. cit.*, p. 9.

(12) Arnold J. TOYNBEE: *Estudio de la Historia* (Compendio de D. C. Somervell), I, v. I-IV, Madrid, Alianza Editorial, 1970, pp. 132-143.

(13) Karl JASPERS: *ob. cit.*, p. 122; al tratar el problema del origen de la ciencia moderna, nos dice que la *codicia* y el *placer de la aventura* condujeron al descubrimiento de todas las regiones del planeta, hasta que sólo mucho más tarde se emprendieron viajes de pura investigación objetiva.

(14) J. ORTEGA Y GASSET: *Prólogo a Aventuras del Capitán Alonso de Contreras*, Madrid, Obras Completas, 1952; 2.ª edic. t. VI, p. 494.

Hasta nos atrevemos a decir que el reto o aventura de hoy es un sucedáneo, secularizado, de la antigua idea religiosa de cruzada, pues no debemos olvidar que esta idea de cruzada ha servido, a través de la historia, para la consecución de una continuidad, a base de mantener una actitud multitudinaria de larga duración, que, repetida sin fin, ha perdurado sobre las sociedades, los mundos y los siquismos más diversos (15).

Nada más revelador de la realidad de lo expuesto a lo largo de este capítulo, por lo que tiene de situación paradigmática, que el examen de las relaciones entre las dos superpotencias, capitanas de los dos bloques en liza. Y nadie más preparado para el análisis de esta situación que Gunnar MYRDAL, por su posición de economista eminente, por su nacionalidad —sueca—, esto es, de un país vecino de Rusia, y por sus frecuentes viajes y estancias en los Estados Unidos. La elección está hecha, además, porque, junto a su experiencia, suma otra condición que juzgamos interesante, y que vamos a resaltar, por si algún lector desconoce su filiación política y toma el rábano por las hojas. Gunnar MYRDAL es un sueco que tiene de todo menos neutralidad. En el libro de que nos vamos a servir inmediatamente (16) se declara abiertamente pro americano y «antirruso», lo que no le impide encararse con los problemas existentes en las relaciones entre esos dos Estados y decir cosas nada agradables para los eternamente optimistas del mundo occidental.

Confiesa, sin ambages, que como sueco e internacionalista desea que Norteamérica sea fuerte, «porque siento —dice— que, en lo fundamental, ésta propugna intereses e ideales que comparto», lo que no le impide discrepar en muchos aspectos concretos de la política de Washington (p. 139). Dentro de esta posición crítica, lo primero que le preocupa es que Norteamérica «nunca ha aprendido a saber perder». «Nosotros, en Europa, todos hemos tenido nuestros graves reveses de vez en cuando. Todos hemos perdido guerras y nuestras fronteras han experimentado cambios. Y hemos seguido viviendo. En cambio, las guerras norteamericanas han empezado todas, regularmente, en medio de la más escandalosa falta de preparación, inclusive la última. Sin embargo, después de un gran esfuerzo nacional, han terminado siempre en grandes victorias. La experiencia norteamericana conjunta

(15) Alphonse DUPRONT: *Le Mythe des Croisades. Essai de sociologie religieuse*. París, 1959.

(16) Gunnar MYRDAL: *El reto a la sociedad opulenta*, México-Buenos Aires, «Fondo de Cultura Económica», 1966; 2.ª edic. en español.

es de una serie de éxitos definitivos, gloriosos y sorprendentes. Y esto ha penetrado así en el alma de la nación norteamericana» (*ob. cit.*, página 148). Claro que esto está publicado en 1962, fecha de la primera edición de la obra en inglés, y que después ha ocurrido lo de Vietnam..., aunque no era necesario este acontecimiento histórico para que Gunnar MYRDAL apreciara la existencia del primer gran fracaso USA: la aceptación del régimen de MAO Tse-tung en la inmensa China como hecho irreversible y consumado (p. 149).

Pasando de los episodios bélicos a los económicos, que es lo suyo, Gunnar MYRDAL abre la segunda parte de su libro con un capítulo—el VIII—, con este rótulo tan categórico: «FRUSTRACION». Y pasma comprobar que lo que está ocurriendo en estos últimos años lo anticipa este autor en 1962 con tanta firmeza. En efecto, él nos dice que «en las relaciones exteriores de los Estados Unidos una diferencia en la cuota de expansión económica puede traducirse inmediatamente en una diferencia de poder en cuanto a procurar soluciones de problemas internacionales conforme a los intereses y a los ideales de Norteamérica» (p. 139). Reconoce que «mientras Norteamérica sea fuerte, apenas es preciso temer que se impongan a la larga puntos de vista con los que no simpatizo», apostillando, con la mayor sinceridad, que «... lo que yo temo en realidad es la debilidad norteamericana» (página 140), pues insiste, una vez más, en que tiembla «a la sola idea de todos los errores graves y extremadamente peligrosos que una Norteamérica frustrada por el sentimiento de estar perdiendo *en la lucha económica* (el subrayado es nuestro) puede llegar a cometer» (p. 141).

En el terreno económico, la competencia con la Unión Soviética, subraya MYRDAL, se ha hecho patente ahora a la conciencia de la mayoría de los norteamericanos en forma particularmente cruda. «Los dirigentes soviéticos han lanzado el reto a los Estados Unidos, y han definido sus objetivos económicos en el sentido de elevar su producción por cabeza al nivel, primero, de la de los países occidentales, y luego, por encima del mismo, a llegar inclusive, finalmente, a superar la de los Estados Unidos» (p. 155). La principal preocupación de MYRDAL radica en el hecho de que «actualmente la cuota de expansión económica es notablemente más alta en la Unión Soviética que en los Estados Unidos, por lo menos en el doble y tal vez más, especialmente en el caso de la industria pesada y de los servicios de enseñanza, investigación y protección de la salud». «Y pese—continúa— a que el nivel del producto nacional de la Unión Soviética

siga siendo bastante inferior al de los Estados Unidos, la fuerza del principio de los intereses compuestos implica, con todo, que si los Estados Unidos no logran superar pronto su estancamiento económico relativo, la Unión Soviética no tardará en igualar e inclusive superar a los Estados Unidos en terrenos importantes» (p. 156).

Estamos, pues, ante un reto que tiene tras de sí algo más que un montaje simplemente propagandístico y psicológico. Un reto que no puede menospreciarse, porque no es pura fantasmagoría. Un reto que tiene algo que ver—de ahí que nos hayamos ocupado de él con cierta extensión—con la institución objeto del presente ensayo. En efecto, MYRDAL, desde las primeras páginas de su libro (pp. 16 y ss.), formula a los Estados Unidos la queja de que se ha rezagado en la aplicación de los nuevos conocimientos que tenemos acerca de cómo inducir el progreso económico y de la nueva decisión que hemos adoptado de servirnos de dichos conocimientos en provecho propio. En los Estados Unidos, apunta este autor, los famosos *estabilizadores integrados*, que no fueron creados a título de política económica, pero que están destinados, con todo, a producir efectos económicos, han evitado hasta el presente que las recesiones se convirtieran en depresiones mayores. Sin embargo, comenta MYRDAL (p. 17), esta política no debe satisfacernos. La política, dice, «*ha de adelantarse al tiempo*, con objeto de asegurar que semejante depresión no pueda ni siquiera iniciarse». «O más bien, aun suponiendo que las recesiones sigan atenuadas, *debería planearse* y llevarse a cabo, con todo, la política gubernamental, ya que el presente tipo conjunto de desarrollo es poco satisfactorio, con el propósito de impulsar la economía por cauces totalmente nuevos.» «... El objetivo ha de consistir, antes bien, en cambios tan fundamentales de las condiciones en que se desarrolla la economía norteamericana actualmente, que el resultado *no sólo sea un crecimiento económico por algunos años, sino también firme y seguro en el futuro*» (los subrayados son nuestros) (página 17). Y, como colofón, MYRDAL llega, en uno de los últimos capítulos de la primera parte de su libro—el VI—a desarrollar lo que puede considerarse principal tesis del mismo: la necesidad de que Norteamérica implante *una planeación económica a largo plazo*, una vez haya decidido que es imperioso iniciar una política que lleve a una expansión económica rápida y sostenida (pp. 112 y ss.).

Para terminar esta parte, vamos a presentar ahora otro aspecto de la misma cuestión: la planificación como reto a los cultivadores de



las disciplinas que más han contribuido y contribuyen a su formulación conceptual y a su aplicación práctica. Porque si antes se ha hablado de aventura, referida al cuadro político dirigente, y a la masa, de cualquier país, donde aquélla pretenda ser aplicada, no existe el menor inconveniente en pensar en el mismo fenómeno, referido a los administrativistas, economistas, juristas, sociólogos, etc., pues, al contrario, de querer hacer alguna distinción, ésta tendría que ser hecha en el sentido de que precisamente para estos últimos el reto de la planificación tiene unas resonancias más acusadas y un más profundo impacto.

Queremos decir que el fenómeno planificador, como es corriente en la mayoría de los aspectos de la vida humana, ha irrumpido antes, y con más intensidad, en los estudiosos de las disciplinas más directamente relacionadas con el mismo que en las mentes de aquellos que luego han de ser sus principales protagonistas en su realización efectiva: gobernantes y pueblo.

Especialmente para los economistas y juristas, la planificación ofrece nuevos horizontes, metas más elevadas y caminos nuevos, que se salen de los trillados por ellos hasta ahora. Es un reto, para ellos —para nosotros—, que además viene a ofrecer uno de los poquísimos desquites o compensaciones, frente a los cultivadores de las ciencias exactas y naturales, tan engreídos por sus constantes triunfos y logros espectaculares: fusión del átomo, cibernética, exploración del cosmos, estudios de biología molecular, estudios sobre los virus, descubrimiento de la antimateria, etc.

No se pretende exagerar, sin embargo. La apertura de un nuevo capítulo en las enseñanzas y en las realizaciones de la economía y del derecho, por importante que sea, como es el que ocupa nuestra atención, no será bastante para sacar a estas disciplinas del bajo concepto que, aun hoy, muchos tienen de ellas (17). Habrá que conformarse, de momento, con que la economía y el derecho, con ésta y otras revitalizaciones, vayan dejando de ser los parientes pobres de las otras disciplinas científicas, y de seguir el progreso del pensamiento con paso lento y claudicante, como expone Hans Kelsen, aun sin parar mientes en la planificación, ni en nada que con ésta se relacione, puesto que al escribir esto estaba pensando abstractamente en «facilitar un poco el desenvolvimiento de la ciencia jurí-

(17) Alfred Sauvy: *Los mitos de nuestro tiempo*, Barcelona, Nueva colección Labor, 1969; p. 8; habla de «miseria de las ciencias sociales», contraponiéndolas a las otras, a las ciencias por antonomasia, a las que considera «triumfales».

dica a la luz de los resultados obtenidos por la filosofía de las ciencias» (18).

Pero, preguntamos nosotros, ¿este ardid del reto es cosa nueva? ¿Ha surgido de la mano del fenómeno planificador? O, acaso, con distinto montaje y en forma más rudimentaria, ¿no es tan antiguo como la misma humanidad? La respuesta no se hace esperar. La actitud de reto tiene mucha solera en la historia. Y hasta nos atrevemos a decir que el ardid ha funcionado a lo largo de ella, presentando a Sócrates, a Alejandro, a César, a Colón, a Galileo, a Lutero, a Miguel Angel, a Leonardo de Vinci, etc., como unos grandes retadores y aventureros, por encima de cualquier otra condición.

Nuestra época, sin embargo, reúne unas especiales condiciones para que este recurso opere a pleno rendimiento. Porque es una época en la que cada vez más el hombre se va habituando a actuar bajo el influjo de estimulantes. Estimulantes para que nuestro sistema nervioso central nos pueda proporcionar energía, viveza, euforia, espíritu combativo, confianza en uno mismo. Pero, sobre todo, lo que se busca es una fuente de energía para derrotar al contrario. Por todos los medios. Y en todos los medios. Desde el deportivo al guerrero. En el primero se busca superar todas las marcas, y se recurre al *dooping*, dando lugar al gran escándalo en muchas lides o competiciones deportivas. En el segundo se pretende alcanzar por estos procedimientos la heroicidad, incluso la heroicidad colectiva, tal y como se desprende de las afirmaciones de Peter LAURIE (19) sobre el uso de las anfetaminas, descubiertas en 1887 y usadas por vez primera médicamente en 1935, en forma de bencedrina, para el tratamiento de la narcolepsia. Por cierto que, según este autor, la primera aplicación no médica de estas drogas se produjo en los barcos de avituallamiento durante la guerra civil española y, muy poco después, en las tropas paracaidistas alemanas. Ambos bandos—dice—dispusieron de ellas durante la segunda guerra mundial. Setenta y dos millones de tabletas fueron suministradas a las tropas británicas, a fin de conseguir que siguieran luchando, cuando tanto ellas como sus adversarios estaban demasiado agotados para pelear.

Resulta curioso lo que este autor comenta de los usuarios de estas drogas, sobre el aumento de su docilidad, respecto a las normas y

(18) Hans Kelsen: *Teoría pura del Derecho*, Prefacio de la edición en alemán de 1934, inserto en la edición de Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1960.

(19) Peter LAURIE: *Las drogas*, Madrid, Alianza Editorial, 1970; 2.ª edic. de esta colección, pp. 87 y ss.

conducta de quienes les rodean y sobre si la anfetamina es o no una droga «socializante». En tal disputa, por falta de pericia, no podemos terciar, pero, por lo que se refiere al «reto», como recurso psicológico, sí que nos atrevemos a sostener que actúa sociológicamente de forma muy positiva y acusada.

## CAPÍTULO II

### *La planificación: un mito*

El que la planificación sea producto de una actividad eminentemente racionalizada y técnica—como pensamos desarrollar en trabajo posterior—no empece para que pueda ser contemplada desde perspectivas bien diferentes. Es por esto por lo que hemos podido verla como aventura y reto, y por lo que ahora la vamos a examinar como mito.

Esto no debe sorprender a nadie, porque, como afirma Guillo DORFLES (20), simultáneo al proceso de obsolescencia de los mitos tradicionales, se produce la aparición entre nosotros de un nuevo proceso de mitificación, casi siempre inconsciente e irracional, del que serán consecuencia una nueva serie de mitos y símbolos. Nos encontramos, pues, frente al fenómeno designado por G. GUSDORF (21) como «el retorno de la conciencia mítica reprimida», en cuanto el mito, antes de narración, leyenda, cuento o fábula, ha sido «una forma de vida», «la forma espontánea del ser en el mundo», «la inserción del hombre en la realidad».

G. GUSDORF habla de «retorno», como acabamos de decir. Mircea ELIADE (22), por su parte, alude a un «redescubrimiento» del mito en el siglo xx, cuya historia constituye un capítulo de la historia del pensamiento moderno. En esta *rentrée*, los estudiosos, en vez de tratar el mito, como sus predecesores, en la acepción usual del término, es decir, como fábula, invención o ficción, lo han aceptado tal y como lo comprendían las sociedades arcaicas, en las que el mito designa, por el contrario, una «historia verdadera», y, lo que es más, una historia de inapreciable valor, porque es sagrada, ejemplar y significativa (23).

(20) GUILLO DORFLES: *Nuevos ritos, nuevos mitos*, Barcelona, Ed. Lumen, 1969, página 17.

(21) G. GUSDORF: *Mythe et Métaphysique*, Paris, 1953.

(22) MIRCEA ELIADE: *Mito y realidad*, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1968; página 223.

(23) MIRCEA ELIADE: *ob. cit.*, p. 13.

Difícil resulta el determinar lo que en estos retornos y reencarnaciones haya de arcaico y de novedoso, aunque sí nos atrevemos a decir que cada pueblo y cada época tiene sus mitos peculiares, por lo que la actual sociedad también tiene sus «mitos actuales» (24). Mas no todo es episódico y pasajero en el mito, pues el que ciertos comportamientos míticos perduren aún ante nosotros no es por simple supervivencia de una mentalidad arcaica, sino porque ciertos aspectos y funciones del pensamiento mítico son constitutivos del ser humano (25). Lo son porque los motivos interiores, que, junto a los estímulos del exterior, impulsan la acción del hombre surgen de un fondo profundo, de un estrato inferior al de la conciencia, por lo que no está bajo su dominio. En la mitología de los tiempos primitivos —proclama JUNG—, esas fuerzas se llamaban *mana* o espíritus, demonios y dioses. Hoy día son activos, como lo fueron siempre. Si se adaptan a nuestros deseos, los llamamos inspiraciones felices o impulsos, y nos congratulamos de ello. Si van en contra nuestra entonces decimos que es sólo mala suerte... La única cosa que no queremos admitir es que dependemos de poderes que están fuera de nuestro dominio (26).

Cierto que el hombre moderno ha acrecido su dominio sobre el mundo circundante, sencillamente, porque puede aprovecharse de todo el saber, todo los conocimientos y todos los adelantos acumulados por las generaciones que le han precedido, hasta el punto que ha podido decirse que «la ciencia de una generación se transforma en tradición para la siguiente» (27), aserto que, dicho sea entre paréntesis, no es compartido por muchos con esta generalidad, al considerar que una de las diferencias más notables entre la llamada ciencia moderna y la que floreció en la antigüedad (por ejemplo, en el mundo clásico) está constituida por la existencia en la ciencia moderna —y no en la antigua— de una tradición científica única, por más que compleja (28). Cierto que ello le ha dado una sensación de autosuficiencia, de auto-dominio, recogida en el dicho «querer es poder», verdadera superstición del hombre moderno, como apunta JUNG. Cierto que, como este

(24) *Los mitos actuales*, en Actas de la VII Reunión de Amigos de la Ciudad Católica, Madrid, 1969.

(25) MIRCEA ELIADE: *ob. cit.*, p. 200.

(26) CARL G. JUNG: *El hombre y sus símbolos*, Madrid, Ed. Aguilar, 1966; p. 82.

(27) BERTRAND RUSSELL: *La perspectiva científica*, Barcelona, Ediciones Ariel, 1989; p. 119.

(28) LUDOVICO GETMONAT: *Filosofía y Filosofía de la Ciencia*, «Nueva Colección Labor», Barcelona, 1965, p. 96.

mismo autor observa, ahora el ser humano ha aprendido a realizar su trabajo eficazmente, sin tener que recurrir a cánticos y tambores que le hipnotizaran, dejándole en trance de actuar. Ciertamente que puede incluso prescindir de la oración diaria para pedir ayuda divina. Y que puede realizar lo que se propone y puede llevar sus ideas a la acción, mientras el hombre primitivo parecía estar trabado a cada paso en su acción por miedos, supersticiones y otros obstáculos invisibles (29).

Todo esto es cierto; mas, sin embargo, como ha declarado Eugen BÖLHER, «hemos de liberarnos... del triple prejuicio que supone el creer que los mitos son algo que pertenecen simplemente al pasado, que corresponden puramente al marco religioso, en el sentido estricto de la palabra, y que son meras ilusiones, de las que podríamos liberarnos mediante una simple resolución de nuestra voluntad consciente, o incluso que el hombre de pensamiento científico es inmune desde un principio a ellos» (30). En realidad, ocurre que «nos hallamos dominados por el mito, de igual forma que nuestros antepasados de hace unos miles de años, de manera que sólo el objeto del mito ha cambiado» (31).

Pudiera parecer que esta tesis choca con la de aquellos antropólogos que han afirmado que el mito es un fenómeno muy simple; que es la simplicidad misma; la *sancta simplicitas* del género humano; la «*Urdummheit*» del hombre; y que sin esta «primitiva estupidez» no existiría el mito (32). Sin embargo, no hay tal incompatibilidad entre este supuesto «primitivismo» del espíritu mítico y el talante racionalista y avisado del hombre moderno. La prueba es que, como ya hemos apuntado antes, el mundo moderno se encuentra más poblado de mitos que el de épocas precedentes. ORTEGA (33) ve en ello «un lujo vital», hasta el extremo de pensar que «toda época de vitalidad ascendente es gran inventora de mitos», considerando a éstos como «un regalo que hacemos a la sórdida realidad y como una inyección de fantasmagoría que ponemos a las cosas». «El espíritu mítico—dice—viene a ser un fabricante de auroras boreales.»

El mismo ORTEGA nos viene a decir en otra ocasión (34) que así como hay ciertas disciplinas centrales—física, matemáticas—, en las

(29) C. G. JUNG: *ob. cit.*, p. 82.

(30) EUGEN BÖLHER: *op. cit.*, p. 42.

(31) EUGEN BÖLHER: *ob. cit.*, p. 41.

(32) ERNST CASSIRER: *El mito del Estado*, p. 9.

(33) J. ORTEGA Y GASSET: *Obras Completas*, t. VI, p. 227.

(34) J. ORTEGA Y GASSET: *Obras Completas*, t. I, pp. 216-218.

que pueden fijarse los confines de lo científico, existen otras, que califica de periféricas, en contacto inmediato con elementos extracientíficos de la conciencia, lo que crea una atmósfera o halo de formaciones espirituales intermedias, que ni son ciencia, ni material salvaje del ánimo, con lo que hace una clara alusión a los mitos.

ROF CARBALLO puntualiza, por su parte, que el signo que pone de manifiesto el respeto del mundo contemporáneo ante el mito es el haber aprendido a admitir, humildemente, que su misterio es inasequible a nuestra forma actual de inteligencia, desde la cual podemos sitiarle, desmenuzarle, tratar de entenderle, pero siempre en forma fragmentaria, y, las más de las veces, deformándolo (35).

Examinando Romano GUARDINI algunos de los mitos arcaicos más representativos, como el de la relación entre la luz y las tinieblas, el cielo y la tierra, y otros, opina que, para comprenderlos, no debemos partir de nuestra conciencia actual, ilustrada por la ciencia y confirmada por la técnica, sino de la del hombre primitivo, para quien toda la existencia está constituida por poderes. Para el que los mitos significaban la encarnación de los grandes procesos de la existencia; procesos no comprendidos científicamente, en conceptos y teorías, sino intuitivamente, en imágenes y acontecimientos (36). Pero, nos preguntamos nosotros, ¿cómo hemos de comprender los mitos modernos, referidos a procesos modernos, como, sin duda, es el mito moderno de la planificación?

Este es el *quid* de la cuestión. Y tenemos que partir de la primera premisa: la planificación, nada más nacer, ya ha sido mitificada. Haciéndose eco de ello, Georges BURDEAU ha estudiado *Le plan comme mythe* (37).

Ya tenemos instalada a la planificación en el mundo mítico, lo que no debe ser motivo de sorpresa, puesto que la idea mítica circula ahora por nuestra sociedad racionalista en todas direcciones, sin apenas obstáculos. Quien dude de ello, que abra el libro de Alfred SAUVY *Los mitos de nuestro tiempo* (38), y quedará convencido al instante de nuestra afirmación, puesto que en sus páginas desfilan

(35) Juan ROF CARBALLO: *Medicina y actividad creadora*, «Revista de Occidente», Madrid; p. 77.

(36) Romano GUARDINI: *El mesianismo en el mito, la revelación y la política*, ediciones Rialp, S. A., Madrid, 1958; 2.ª edic., pp. 86-87.

(37) Georges BURDEAU: *Le plan comme mythe*, en «La planification comme processus de décision», París, 1965; pp. 35 y ss.

(38) Alfred SAUVY: *Los mitos de nuestro tiempo*, «Nueva Colección Labor», Barcelona, 1969.

la mayoría de los fenómenos significativos de la época actual, comprendidos bajo el común denominador de una visión mítica.

Ahora bien, obras como las de SAUVY poca utilidad pueden proporcionarnos, al englobar una multitud de fenómenos, heterogéneos y dispares, bajo ese común patrón, sumamente forzado, en la mayoría de los supuestos. En realidad, lo único que viene a demostrarnos es que, al actuar así, es porque previamente le ha retirado al tema mítico lo que éste puede tener de seriedad y de enjundia, lo cual, si nos dejáramos guiar de la opinión de Romano GUARDINI, no representaría una excepción, sino, por el contrario, la regla general, pues, según éste, «Los mitos van perdiéndose en el cuento y la fábula, y en este camino adquieren siempre el carácter de lo frívolo y divertido» (39).

Entonces, ¿qué se ha pretendido, y qué se pretende, cuando se asocian los términos planificación y mito? Resueltamente, la contestación no puede ser unívoca. El mito, como concepto, puede considerarse en plena inflación. Pues bien, el uso excesivo genera el abuso y la deformación, cosa que no se había producido en la antigüedad, en la que el mito constituía, nos atrevemos a decir, un producto natural de aquella época, enraizado profundamente con la mentalidad y el clima del mundo primitivo. Las vivencias míticas pertenecían a un orden de creencias, tomadas muy en serio, y ungidas por la potencia de la sacralidad. Modernamente, por el contrario, en multitud de ocasiones, los manipuladores del mito, lo primero que han tenido que hacer es perderle todo respeto, aunque pensando, eso sí, en el respeto que pueda producir en los demás. Mas en otras —y la bibliografía citada a pie de página constituye un ejemplo aleccionador— esta idea es manejada muy simplistamente, y con resuelto propósito clarificador, para decantar lo verdadero y auténtico, apartando lo fabuloso y ficticio: el mito. Por todo ello, se comprende que, cuando se mitifica a la planificación, no siempre se tiene la misma intención, o la misma comprensión.

Que el político y el planificador propendan a presentar su obra con un halo mítico no debe interpretarse siempre, y ni siquiera en la mayoría de los casos, en un sentido malévolo, puesto que bien puede nacer de su subconsciente, bien —aunque no sea así— puede partir de un propósito desinteresado y benéfico, pensando que de esta forma tendrá más arraigo lo que consideran la solución más óptima para la comunidad. Por otra parte, el que los destinatarios de la

---

(39) Romano GUARDINI: *ob. cit.*, p. 128.

planificación reciban a ésta envuelta en ese halo mítico bien puede ser efecto de una manipulación bien estudiada de los propios planificadores, bien—sin ocurrir esto—puede ser consecuencia de un ambiente propicio para que ello suceda así, ambiente en el que los planificadores han sido los que menos parte han tomado en su generación.

La ciencia es purificación de lo espontáneo, pero por eso mismo produce distanciamiento de la base popular, porque se desenvuelve por cauces intelectualistas restringidos y minoritarios. Por este motivo, la planificación, como mejor se potencia, es presentándola dentro de una escenografía fantástica e impresionante, lo que, sin duda, mejor puede contribuir a despertar adhesiones entusiastas de los administrados.

Sin duda, más puede contribuir al arraigo de la obra planificadora el clima mítico con que se la reciba que la bondad de su montaje técnico-científico. La ciencia se basa en hechos; el mito, en emociones. Pues bien, a veces, el mito puede dar más empuje a la idea que se trata de poner en acción que los propios hechos que la sustentan. La fuerza del mito consiste en que embellece a las cosas reales con un resplandor que nos anima a asumir el esfuerzo necesario para su realización. Los mitos son espoleadores de nuestra vitalidad, de nuestras ilusiones y esperanzas. Ellos nos hablan el lenguaje de la fantasía (F. STIEFELHAGEN), y la fantasía, como sabemos, es uno de los mejores excitantes para el hombre.

Pero es que, además, la planificación, como fenómeno complejo que es, y hasta sumamente complejo, pone en juego no una sola de las facultades del ser humano, sino varias a la vez. Por eso resulta desacertada y parcial una visión puramente mecanicista de la misma, porque la planificación, gracias a Dios, no es obra exclusiva de los ordenadores electrónicos. Como tampoco es exacta una visión exclusivamente racionalista y logicista, a pesar de la importancia del «logos» en esta técnica operacional (lo que justifica un estudio específico de este factor, en capítulo aparte), porque no está descartada de la actuación racional una base emocional. Quizás es por esto por lo que Bertram M. Cross ha podido escribir que, «en el mundo del comportamiento social, todos los participantes en el proceso decisivo multidireccional están estimulados por una variedad de emociones», pues, «en realidad, la voluntad de hacer lo que se debe hacer en interés de un desarrollo social y económico más rápido depende directamen-



te del alcance, profundidad y poder duradero del compromiso emocional» (40).

Lo que ocurre es que, como sostiene GUSDORF, «hay en el hombre moderno dos enajenaciones posibles: la enajenación al mito y la enajenación al intelecto, dos infidelidades a la conciencia humana» (41), lo que conduce a que «el antagonismo pueda resolverse en una reconciliación, porque los dos componentes de la afirmación humana están llamados a completarse mutuamente» (42).

Que haya reconciliación o no, puede dudarse, pero de lo que no se debe recelar es del hecho de que ciencia y mito no siempre discurren por caminos separados. «... El recurso a la ciencia —ha escrito M. GARCÍA PELAYO— ha sido, por así decirlo, una astucia del mito por encontrar aceptación en una época en que la creencia científica había sustituido en buena parte a la creencia religiosa: sin la capa científica, el mito hubiera tenido escasas posibilidades. La palabra mágica «ciencia» le abrió las puertas de las almas» (43). Resumiendo, el mismo GARCÍA PELAYO nos viene a decir que «desde que el hombre ascendió a la alta cultura hay una constante presencia, tanto de la ordenación racional como de las representaciones míticas»; no teniendo inconveniente en afirmar que «la civilización contemporánea... tiene como supuestos y como fines últimos de sus sistemas unas creencias en las que están presentes componentes míticos, aunque tales componentes hayan sido ignorados hasta tiempos relativamente recientes» (44).

Si el mito establece un juego de relaciones con la ciencia, como acabamos de ver, ello no impide el que también pueda mantenerlas, por otra parte, con la religión, o con el sentido religioso de la humanidad. Así, se ha querido ver en el mito la manifestación de un sentimiento de tipo religioso, en cuanto la religión mantiene la «apertura» hacia un mundo sobrehumano, el mundo de los valores axiológicos, trascendentes al ser revelados por Seres divinos o Antepasados míticos, constituyendo, por tanto, valores absolutos, paradigmas de todas las actividades humanas. Valores absolutos susceptibles de guiar al hombre y de conferir una significación a la existencia

(40) Bertram M. Cross: *La estrategia administrativa del desarrollo económico y social*, edita «Escuela Nacional de Administración Pública», Madrid, 1971; p. 115.

(41) G. GUSDORF: *ob. cit.*, p. 189.

(42) G. GUSDORF: *ob. cit.*, p. 281.

(43) Manuel GARCÍA PELAYO: *Mitos y símbolos políticos*, Taurus, Madrid, 1964; páginas 41-42.

(44) Manuel GARCÍA PELAYO: *ob. cit.*, pp. 190-191.

humana (45). Ahora bien, si en los niveles arcaicos de cultura se tiende a descender de la concepción religiosa a la concepción mítica, y de ésta a la política, en los momentos contemporáneos se tiende a construir una ideología y hasta una mística, partiendo de la realidad política y elevada sobre ella, con el fin de provocar una fe que se pretende posea una fuerza muy parecida a la de la fe religiosa y que viene a operar como un «Ersatz» de la religión.

Aunque no ha faltado quien haya dicho—con toda lógica, por cierto—que la planificación desmitifica los problemas económicos e industriales (Marcel DEMONQUE) (46), no obstante, la fe religiosa, o cuasi religiosa, que despierta el mito, viene muy bien a la planificación, y sobre todo a sus autores, empeñados en el éxito de ésta, puesto que la fe en unos dioses, una idea, o una persona, es lo que más puede contribuir al triunfo de lo que cada uno de éstos representan.

Si el plan, como mito, viene a ser algo así como un «arquetipo», empleando la terminología psicoanalítica de JUNG, la fe en el mismo de sus destinatarios, de raíz religiosa, en cuanto mítica, se traduce en la praxis de un estado de *confianza* y de *seguridad*. Seguridad y confianza que los propios administrados se encargan de reclamar, como lo evidencian las campañas de prensa y la forma de manifestarse los parlamentarios, en los debates destinados al examen y aprobación de los distintos planes de desarrollo, al insistirse en la necesidad de que los objetivos del plan estén bien marcados y seriamente establecidos, «para saber a qué atenerse». Podríamos terminar este apartado diciendo que, así como el mito puede considerarse un «Ersatz» de la religión, de igual forma a este sentimiento de «confianza» se le puede ver como un «Ersatz» de la «fe».

El mito forma parte de la religiosidad, en cuanto hace referencia a una realidad «otra», a una realidad «segunda», en el sentido apuntado por Ludolfo PARAMIO (47), quien, dejándose llevar de la mano de Roland BARTHES (48), nos dice que es perfectamente legítimo calificar el mito de «metalenguaje» o de sistema semiológico segundo, que opera, en cuanto sistema, apoderándose de los signos de un sistema preexistente y utilizándolos como significantes de los signos de su

(45) MIRCEA ELIADE: *ob. cit.*, p. 157.

(46) Citado por Pierre MASSÉ, *ob. cit.*, p. 113.

(47) Ludolfo PARAMIO: *Mito e ideología*, Alberto Corazón, Editor, Madrid, 1971, p. 22.

(48) Nos referimos a la noción y nomenclatura primitivas de Roland BARTHES, según el uso que de ellas hizo en *Mythologies*, no a los nuevos términos empleados en un trabajo posterior (*Elementos de Semiología*).

propio sistema. Y como todo lenguaje hace referencia a una realidad, subraya PARAMIO, el mito, en cuanto metalenguaje, no hace referencia a la realidad de la que se ocupa el lenguaje original —lenguaje I—, sino que el mismo —lenguaje II— se contrae a una realidad distinta —realidad II—, obtenida a partir de una selección de la realidad I (49).

Referido esto a la planificación, nos sirve para constatar cómo en ésta existe una realidad (a la que también dedicaremos un especial capítulo); la realidad real, valga la redundancia, reflejada en un lenguaje concorde con ella, y, al margen o sobre la misma, una realidad II, por llamarla de esa manera, pero que es lo opuesto a ella, porque es un mundo de fantasías, de ilusiones, de visiones milagrosas. El mundo de los arbitristas, los taumaturgos, por un lado; de los ciudadanos crédulos, de los propensos a creer en lo milagroso y extraordinario, por otro.

Nos dice M. GARCÍA PELAYO que «una creación racional y deliberadamente calculada para lograr un objetivo no es, propiamente hablando, un mito, pero sí opera como tal respecto a la masa a la que va dirigido» (50), pensamiento que encaja perfectamente en nuestro tema, puesto que la planificación es una «creación racional y deliberadamente calculada para lograr un objetivo», lo que no ha sido obstáculo para que opere míticamente «respecto a la masa a la que va dirigida».

No sólo es que la planificación opere como mito para muchos, sino que en la mente de algunos autores constituye una de las muestras más claras del mito actual, como ocurre con Eugen BÖHLER, quien asegura que los verdaderos dominios de éste «los constituye el ámbito de las anticipaciones y planificaciones de toda clase, o sea, la esfera de las acciones». La sugestión de la espera del futuro —continúa— es tan poderosa, que la mayoría de los hombres se extasían ya al oír la palabra «planeamiento»; los obreros, con la planificación social; los empresarios, con la planificación industrial, pues ambos están inclinados a confundir todo plan con un buen plan. Y tanta importancia da BÖHLER a este ambiente, que no duda en diagnosticar que «esta tendencia se ha visto tan reforzada por el desarrollo de la ciencia, con su propensión al pronóstico, por la metodología de la

---

(49) Ludolfo PARAMIO, *ob. cit.*, pp. 32-33.

(50) M. GARCÍA PELAYO, *ob. cit.*, p. 10.

programación y por la invención de la calculadora electrónica, que nos vemos, ya por este motivo, al principio de una nueva era» (51).

La planificación, actividad, insistimos, eminentemente calculada y racional, y desligada, por lo tanto, de toda concomitancia con lo sobrenatural y lo teológico, por sorprendente que parezca, se muestra proclive a manifestarse míticamente. Siendo una actividad operacional desarrollada a través de elementos lógicos y técnico-científicos, ello no empece para que la veamos en forma fantasmagórica. ¿Cómo es posible ello? ¿Cómo se explica que una institución montada sobre elementos que, por su naturaleza, debían ser antimíticos venga a degenerar, en este aspecto, en todo lo contrario?

La justificación de esta supuesta antinomia puede ofrecerse por una doble vía. Puede venir por la transfiguración o metamorfosis de lo racional en irracional o mítico, esto es, por la mitificación de la propia razón; y puede venir también por la circunstancia de que, en la planificación, lo racional y lo técnico-científico, intervienen a nivel instrumental o medial, y, como meros instrumentos, representan tan sólo un papel subordinado y secundario, con lo que el actor principal de la planificación no viene de ellos, sino, como después veremos en el correspondiente capítulo, de una política y una ideología determinada. Pues bien, ya dentro de este terreno, el mito se desenvuelve a sus anchas, como pez en el agua.

Analizando el mito viviente en el ámbito de la política, W. RINGS (52) llega a sostener que, en este aspecto, nuestra mentalidad está en contradicción con la realidad cotidiana, con la realidad de la maquinaria civilizadora del siglo xx. Según él, la complejidad y el carácter ingobernable del aparato económico y social son la verdadera fuente de creación de mitos dentro de la política, haciendo alusión a una larga lista de mitos modernos: «el poder del dinero», el «Nacional-socialismo», el «Marxismo», el «Capitalismo» e «Imperialismo», «Democracia» y «Plutocracia», «Revolución» y «Reacción», «Socialismo» y «Liberalismo», «Estado» y «Nación». El mismo W. RINGS ha tratado de demostrar además que la inseguridad sociológica del mundo industrial hace surgir, en lugar de mitos naturales, mitos políticos.

Por su parte, Eugen BÖHLER, refiriéndose al planeamiento, declara que es «un impulso instintivo» y «una coacción biológica ciega»; y que al representar la espera del futuro, como expresión de la coacción

(51) Eugen BÖHLER, *ob. cit.*, p. 61.

(52) Citado por Eugen BÖHLER, *ob. cit.*, pp. 58, 61.

instintiva, un imperativo que adquiere incluso carácter de ideología moral, no es de extrañar que la esperanza se eleve a la categoría de espera mesiánica secularizada, a escatología y al convencimiento del alborar de una situación definitiva perfecta (53).

Ernst CASSIRER, refiriéndose en concreto al periodo comprendido entre la primera y la segunda guerra mundial, nos dice que durante el mismo no sólo se produjo una grave crisis en nuestra vida política y social, sino que también hubo que enfrentarse a nuevos problemas teóricos, como consecuencia de un cambio radical en las formas del pensamiento político; subrayando que tal vez el carácter más importante, y el más alarmante, que ofrece este desarrollo del pensamiento político moderno sea la aparición de un nuevo poder: el poder del pensamiento mítico. Nada más sentar esta afirmación, muestra su extrañeza, y se pregunta: «¿Cómo fue posible esta victoria?», CASSIRER no deja la pregunta en el aire, y trata de contestarla a renglón seguido: «Si consideramos —dice— el estado presente de nuestra vida cultural, tenemos la impresión inmediata de que hay un abismo profundo entre dos campos diferentes. Cuando llega el momento de la acción política, el hombre parece obedecer a unas reglas enteramente distintas de las reconocidas en todas sus actividades meramente teóricas». Un poco más adelante sigue exponiendo: «El conocimiento científico y el dominio técnico de la naturaleza obtienen cada día nuevas e inauditas victorias. Pero en la vida práctica y social del hombre, la derrota del pensamiento racional parece ser completa e irrevocable. En este dominio, el hombre moderno parece que olvida todo lo que ha aprendido en el desarrollo de su vida intelectual. Se le induce a que regrese a las primeras fases rudimentarias de la cultura humana. En este punto, el pensamiento racional y el científico confiesan abiertamente su fracaso; se rinden ante su más peligroso enemigo» (54).

Esto es lo que nos dice E. CASSIRER al principio de su obra, pero, hacia el final de la misma (55) formula una puntualización sumamente interesante para nuestro estudio: la de que la plenitud de la fuerza del mito la alcanza cuando el hombre tiene que enfrentarse con una situación insólita y peligrosa. En este sentido, sirviéndose de la experiencia de MALINOWSKI (56), recoge el pensamiento de éste:

(53) Eugen BÖHLER, *ob. cit.*, pp. 62-63.

(54) Ernst CASSIRER, *ob. cit.*, pp. 7-8.

(55) Ernst CASSIRER, *ob. cit.*, pp. 327-329.

(56) Bronislaw MALINOWSKI: *The Foundation of Faith and Morals*, London, Oxford, 1936, pp. 32 y ss.

«inclusive las sociedades primitivas restringen el empleo de la magia a un campo especial de actividades». «Cuando el indígena tiene que producir un utensilio —apunta MALINOWSKI—, no acude a la magia. Es estrictamente empírico, es decir, científico, en la elección de sus materiales, en la manera como bate, corta y pule la hoja. Confía enteramente en su pericia, en su razón y en su resistencia. No resulta exagerado decir que en todas las cuestiones en que basta el conocimiento, el indígena se fía de él exclusivamente...». A lo que apostilla CASSIRER, «Pero siempre que hay una empresa peligrosa y de resultados inciertos, surge una magia elaborada y una mitología conectada con ella».

Sin duda que los estadistas, conscientes de esto, se han servido del mito para capotear ciertas situaciones peligrosas y excepcionales. El mito ha servido de arma de lucha, en más de una guerra psicológica, y de elemento catalítico. Lo mismo en el plano interno, que en el externo, de los Estados. Un ejemplo de lo primero lo tenemos en el mito del «New Deal», del presidente norteamericano Franklin Delano Roosevelt, para salir de la gran depresión, ya aludida en uno de los capítulos precedentes. Un nuevo mito fue puesto en escena, en el mismo país, con la llamada «Nueva Frontera», del presidente Kennedy. Estas no son más que dos muestras, por vía de ejemplo, en las que se echa mano del mito, bien para salir de un «*impasse*» económico, bien para superar la atonía y la desilusión de una sociedad. En otros casos, el mito ha servido, para bien, o para mal, para salir de un «*impasse*» político, como ocurrió con la República de Weimar y el advenimiento del Nacional-Socialismo. Es decir, que en situaciones caóticas, no se duda un momento en la necesidad de adoptar las medidas precisas para superarlas. Y si el precio consiste en una resurrección de los mitos, los mitos se resucitan.

Debe resaltarse, porque es curioso, que estos nuevos mitos no son fruto de una actividad inconsciente, ni producto irreflexivo e intuitivo. Aquí podemos decir, con E. CASSIRER, que nos encontramos con mitos elaborados de acuerdo con un plan. «Los nuevos mitos políticos no surgen libremente, no son frutos silvestres de una imaginación exuberante. Son cosas artificiales, fabricadas por artífices muy expertos y habilidosos.» Estamos ante una nueva técnica del mito, que permite manufacturarlos, como se manufacturan cañones y ametralladoras (57).

---

(57) Ernst CASSIRER, *ob. cit.*, pp. 333-334.

Nos encontramos, pues, ante un juego de conceptos y de vocablos. Por un lado, el mito se pone al servicio de la planificación, para hacerla más atractiva y sugestiva; para hacerla más penetrante. Por otro, la planificación se pone al servicio del mito, para hacer a éste más eficaz. Por eso puede hablarse de «*la planificación como mito*» y del «*mito como plan*». Si esto fuera enteramente cierto, muchas de las lucubraciones realizadas sobre el mito y en parte reogidas a lo largo del presente capítulo, quedarían un tanto invalidadas. Sin embargo, esto sólo puede admitirse en lo que resta a este fenómeno, visto desde el lado de los creadores de estos nuevos mitos, en cuanto son los elementos conscientes, de un clima artificial por ellos creado, pero no en lo que se refiere a la gran masa del público, siempre propensa a estimar como *ultima ratio* de muchas cosas que no acaba de comprender del todo, el poder de lo milagroso y misterioso.

Pero, es que hay más. Es que modernamente, como ha apuntado Alfred SAUVY, el mito ha llegado a emplearse con cierta generosidad, en situaciones que nada tienen de sobrenatural y misteriosas, pues, «en la mayor parte de los casos son *simples representaciones de hechos contemporáneos que se modifican con el estudio profundo del tema*» (58).

Nos parece que esto nos puede dar la pista del «quid» de muchos de los mitos actuales, y, entre ellos, de la planificación como mito. En efecto, en ésta, la idea mítica sólo puede concebirse en el sentido de que los administrados esperen de la misma efectos no previsibles, dentro de la relación de causalidad en que aquélla tiene que desenvolverse, partiendo de los condicionamientos impuestos por los elementos económicos y humanos disponibles, y de las opciones manejables. El mito, en este ámbito, sirve para distorsionar las esperanzas que racionalmente se deben tener, dentro de un cálculo realista y consciente de la situación, no por confiar en la acción de fuerzas sobrenaturales, sino, al contrario, por superestimar los efectos de los nuevos poderes del hombre, racionales y técnicos. Lo que no impide, por cierto, que estas deformaciones sean obra principal del inconsciente, sobre todo del inconsciente colectivo. Esto por lo que se refiere al mito positivo, puesto que la deformación de la realidad puede también operar negativamente, si en vez de superestimar los efectos naturales de la planificación, por el contrario, se infraestiman, esperando menos de ella de lo que el buen sentido permite concebir, e incluso llegando a una visión totalmente pesimista, cuando el *demonio* de los prejuicios llega

---

(58) Alfred SAUVY, *ob. cit.*, p. 8.

a obnubilar por completo el pensamiento, viendo en la misma la fuente de multitud de males: pérdida de libertad, etc.

Concebido el mito en la forma que acabamos de presentarlo, ya no sorprenderá a nadie que hasta haya podido llegar a introducirse entre los más finos intersticios de la Administración, símbolo ésta de lo prosaico, de lo cotidiano y concreto, de lo material y terreno. Pero, además, es que si como ya quedó apuntado mucho más atrás, la planificación posee un alma —que es la política—, a la Administración, en general, le ocurre otro tanto, y, con tal supuesto, el mito ya queda justificado. Sin duda es por esto por lo que Henri DEROCHE se atreve a proclamar que «Puede parecer extraño a un observador superficial el hablar de mito a propósito del hecho administrativo. Los servicios públicos del Estado son organismos, en principio funcionales y racionalizados, previstos de textos legales o reglamentarios, respondiendo a necesidades precisas, generalmente materiales y concretas de la colectividad nacional. El misterio parece, pues, excluido del funcionamiento de los servicios, al igual que el sentido sacro, puesto que la administración es esencialmente laica y profana». «Sin embargo —sigue diciendo DEROCHE— el jurista sabe ya que la organización administrativa sostiene una política y que la reglamentación, como la jurisprudencia o la doctrina, es la proyección de una civilización, por tanto, de un sistema de valores, es decir, de una concepción de la vida humana.» Por otra parte, al hacer este autor el análisis fenomenológico del comportamiento de los usuarios y de los agentes públicos, presta especial atención al simbolismo de las creencias y de las motivaciones: «Porque la mentalidad colectiva frecuentemente está menos inspirada por la razón que por representaciones de naturaleza afectiva que toman arraigo en las profundidades del siquismo individual o colectivo. La misma se funda generalmente sobre clichés más o menos conceptualizados y sobre todo más o menos cargados de resonancias emocionales y pasionales» (59).

Precisamente, entre otros ejemplos de mitos administrativos, HENRI DEROCHE nos presenta el referente a la planificación, al que dedica muy sustanciosas páginas, al final del capítulo IX, en el que agrupa, bajo el epígrafe común de «*rites opérationnels*», las siguientes materias: «La correspondance administrative», «L'enquête», «La déclaration», «Le dossier» y, por último, «De la statistique á la planification» (60).

(59) Henri DEROCHE: *Les Miths Administratifs*. Presses Universitaires de France, Paris, 1966, p. 7.

(60) Henri DEROCHE, *ob. cit.*, pp. 165-174.



También DEROCHE es de los que se inscriben en la lista de los que sienten temor, casi pánico, ante la idea planificadora. En los individuos que profesan ésta, él ve una «mentalidad extremadamente inquietante», pues considera que se inscriben en una perspectiva extraña, que abre todas las puertas a un mundo concentrado. La planificación —declara— tiende a devenir para la Administración un verdadero rito operacional por la creencia mística en sus virtudes y por los mitos que ello implica o que ello crea. El mundo enteramente planificado, es el mundo sin misterio, exorcitado de todo «numineux»; un mundo sin pecado, sin impureza, sin residuo, enteramente racionalizado. Es sin duda en este sentido —dice— por lo que Paul VALERY nos pone en guardia: «*Le temps du monde fini commence*».

### CAPÍTULO III

#### *Planificación y utopía*

Mito y utopía, conceptos de límites imprecisos y confusos, conviven mal que bien en el espíritu humano y en las construcciones realizadas por éste. No obstante la imprecisión y confusión de fronteras, mito y utopía reúnen características propias suficientes para que su identidad pueda ser establecida, y para que podamos diagnosticar cuándo un fenómeno es mítico, y cuándo es utópico. Y ello a su vez nos sirve para que al relacionar uno y otro concepto con la planificación, nos permita ver a ésta, tanto en una visión mítica, como en la utópica, aunque, en verdad, por lo que se refiere a esta última, más que estudiar a la planificación como utopía, lo que vamos a hacer es analizar las diferencias que existen entre ellas. Porque estimamos que la planificación puede quedar ambientada en un clima mítico, sin que por ello se resienta su ser en sí, mientras que, por el contrario, en tanto en cuanto la planificación presente perspectivas utópicas, en la misma proporción dejará de ser verdadera planificación. Pues la visión mítica de este instituto sólo puede llegar a producir un falseamiento de los efectos previsibles racionalmente, pero dejando incólume el desarrollo esperado, correspondiente a las bases sentadas y elementos materiales y humanos puestos en juego, mientras que, una planificación proyectada bajo una concepción utópica o visionaria, no sólo tendrá que producir la consecuencia de un desfase entre lo ideado y lo conseguido, sino que, por su planteamiento irreal, siempre quedará expuesta al peligro de un fracaso muy superior al representado por el indicado desfase.

Con lo dicho parecería que declaramos una absoluta incompatibilidad entre plan y utopía, cuando ello no es, porque no puede ser así. La utopía no es elemento nocivo para el desenvolvimiento óptimo de la sociedad, sino al contrario. Y lo mismo puede decirse, con relación a la planificación. «El despliegue de utopías ha sido uno de los caracteres más constantes y decisivos de la dinámica histórica. La historia está constituida, en cierta medida, por los acontecimientos que el hombre produce en la prosecución de sus utopías» (61).

Como ha señalado la moderna filosofía, en toda acción humana existe una dimensión de «proyecto», según han acusado, entre otros, ORTEGA, HEIDEGGER y ZUBIRI (62). Pues bien, el hombre ha proyectado su vida, en casi todas las épocas, hacia metas más o menos utópicas. Y como, por otra parte toda planificación es, antes que cualquier otra cosa, un proyecto, no habrá más remedio que reconocer que *proyecto*, *planificación* y *utopía* son conceptos entrelazados, y no excluyentes entre sí.

Será preciso, sin embargo, antes de seguir adelante, dejar aclarada la aparente contradicción existente entre los anteriores párrafos. La utopía, hemos querido decir, es beneficiosa a la planificación, cuando sólo interviene como motor impulsor y animador, como faro de atracción de los afanes renovadores; pero no lo es cuando la visión utópica se adentra o introduce dentro de la instrumentación de los elementos integrantes del proceso planificador, porque la utopía implica un elemento de irrealidad; un elemento ideal que impulsa al hombre en su realización histórica, pero que nunca es alcanzable (63). Y no lo es porque la utopía desemboca normalmente en un fiasco, que es la peor de las soluciones deparables a cualquier plan, siempre necesitado de una masa de adhesiones, como efecto de la confianza despertada por el mismo, la cual ha de depender, muy principalmente, de la congruencia que se produzca entre el plan o el proyecto y la realidad. En cambio, el mito, aunque sea enajenante, puede producir efectos saludables en cierto modo, si contribuye a reforzar el entusiasmo y la adhesión al plan, siempre y cuando éste esté montado en las mejores condiciones posibles, esto es, que no sea utópico.

Una paradoja: el *mito*, que responde fundamentalmente a una actitud *existencial*, puede acrecentar la fuerza sugestiva de la acción

(61) José Luis ABELLÁN: *Mito y cultura*, Seminarios y Ediciones, S. A., Madrid, 1971, p. 13.

(62) José Luis ABELLÁN, *ob. cit.*, p. 13.

(63) José Luis ABELLÁN, *ob. cit.*, p. 17.

planificadora, proporcionando a ésta un *plus*, sobre la que pueden aportar los elementos racionales y técnicos propios de la misma; la *utopía*, que responde a una actitud *mental*, puede, como hemos visto, producir en la planificación un *minus*, una minoración de sus efectos normales, como consecuencia de la desproporción entre las metas marcadas por sus autores y los medios puestos a su servicio.

Afirmamos que existe paradoja porque la utopía constituye la resultante del mito de tipo platónico, en cuanto éste es creación deliberada y consciente del espíritu, que mantiene un control sobre su propia creación y no se deja arrastrar por las imágenes mismas, esto es, en cuanto se trata de un mito construido *a priori* por la razón, sin confundirlo con los hechos (64), lo que no ha sido impedimento para el fracaso de muchas de las ideaciones utópicas, sin duda porque en éstas el fracaso forma parte de sus propias previsiones.

Sin embargo, la utopía tiene sobre el mito la ventaja de que así como cualquier mito se presenta en términos totales y absolutos, por lo que hay que dejarlo o tomarlo tal y como es, la utopía, por el contrario es descomponible en sus elementos y, por consiguiente, se la puede aplicar parcialmente, abriendo así vía a la reforma social. La accesibilidad de muchas utopías deriva de la circunstancia de que, a menudo, «no son más que verdades prematuras» (*ne sont souvent que des verités prématurées*) (LAMARTINE). Pero el triunfo de la utopía no es fácil. Aunque se haya ponderado lo difícil que resulta practicar los cambios mínimos necesarios para permanecer quietos, considerando que el mantenimiento del *statu quo* es el más ilusorio de los objetivos (65), no obstante, la historia nos tiene demostrado hasta la saciedad que lo verdaderamente dificultoso es el derrocamiento de ese *statu quo*, lo que justifica que un Thomas MÜNZER hablara del «coraje y la fuerza necesarios para realizar lo imposible». Y lo imposible, no cabe duda, es el triunfo de la utopía.

Como la verdad que más fácilmente admite el hombre es la que desea (BACON), y como la utopía surge de un orden de creencias basadas en los deseos (66), de ahí la lucha que toda idea utópica plantea, puesto que los solidarios con la situación existente, con el «*establishment*», como ahora se dice, sólo aspiran al mantenimiento de éste,

(64) Pablo CAPANNA: *El sentido de la ciencia ficción*, Columba, Buenos Aires, 1966, pp. 235-236.

(65) David RIESMEN, mencionado por W. H. G. ARMYTAGE: *Visión histórica del futuro*, Ediciones Península, Barcelona, 1971, p. 247.

(66) Karl MANNHEIM: *Ideología y utopía*, Aguilar, Madrid, 1966, p. 275.

mientras que los «*contestatarios*», por seguir con el lenguaje de la época, pretenden todo lo contrario. Hasta el extremo que, como ha apuntado Karl MANNHEIM (67), los grupos oprimidos—o disconformes, añadimos nosotros—suelen estar, de modo intelectual, tan fuertemente interesados en la destrucción y transformación de determinada condición de la sociedad, que, sin saberlo, ven sólo aquellos elementos de la situación que tienden a negar. Por lo que, agrega MANNHEIM, su pensamiento es incapaz de diagnosticar correctamente una condición existente de la sociedad; pues de ningún modo se ocupan de lo que realmente existe, vuelven la espalda a todo lo que pueda conmover su creencia o paralizar su deseo de cambiar las cosas.

La planificación, en este aspecto, es todo lo contrario de la utopía. En ella hay deseos, proyección hacia el futuro, intentos de reforma social, pero sin olvidar los hechos, sin desentenderse de la realidad presente. Así, no hay más remedio que reconocer que los planificadores modernos no son unos ilusos. En ocasiones el costo de la planificación podrá incluso hacer discutible la rentabilidad de la misma, pero, por lo general, no suele darse el supuesto contrario: el de que se aventuren en una empresa de este carácter sin contar con unos antecedentes, unos estudios previos y una organización adecuada. Existe una razón explicativa de esto; una razón que no es simple, sino compleja. Es el momento histórico en que la planificación surge; momento en que los rectores de las naciones tratan de mostrarse ante las mismas, ante todo, como seres realistas, precavidos y eficaces. Es el predominio de lo económico y de lo técnico, tan enemigos de la fantasía y de la imaginación desbordada. Es la preocupación de no parecerse en nada a los que, en otras épocas, trataron de escrutar el futuro en forma superficial e irresponsable.

Esta conjunción de factores han convertido al planificador en un ser muy prevenido ante falsas perspectivas. Por lo menos los planificadores teóricos no se cansan de remachar en sus libros, conferencias y artículos de revistas, la necesidad de estar en guardia ante posibles optimismos injustificados. Ningún teórico de la planificación, al menos que nosotros sepamos, se atreve a pintar un cuadro al estilo de los antiguos utopistas.

Los planificadores, no obstante obedecer a una idea optimista (68), totalmente alejada de la opinión de los que, como HOBBS, piensen que

(67) Karl MANNHEIM: *ob. cit.*, p. 89.

(68) Alberto PREDIERI: *Planificazione e costituzioni*, Milano, 1963, p. 34.

la vida es «pobre, odiosa, brutal y breve» (69), no suelen llevar su optimismo más allá de lo razonable. Por eso no son utópicos. Porque, más o menos conscientemente, presienten algo que viene a condicionar toda su obra. Es como si a todos ellos les asediara el temor que embarcaba al genial GOETHE: «La realidad es el ideal venido a menos.» De ahí que intenten ejercitar «una sabiduría que consiste en no alcanzar lo absoluto» (70).

Sin duda por estas o parecidas razones, ARISTÓTELES, frente a PLATÓN, proyectista de Estados ideales, como le llama José Luis L. ARANGUREN, renunciara al *Estado mejor*, para fijar su atención al *Estado posible*, tomando como punto de partida para su reflexión política, no la idea del *Estado perfecto*, sino las *Constituciones reales* de los distintos pueblos (71).

Todo esto ha influido, qué duda cabe, en un cambio de mentalidad de los modernos utópicos, como lo prueba la forma de manifestarse de algunos autores, tal, por ejemplo, Fred HOYLE: «Una verdadera sociedad utópica—nos dice—sería la que estuviera provista, no como se imagina habitualmente, de una perfección estética imposible, sino de la propiedad de un mecanismo de control en retroacción. La perfección temporal no es tan importante como un procedimiento para eliminar las inconsistencias tan pronto como surjan; un procedimiento por el cual la inconsistencia misma ponga en funcionamiento los resortes para su propia corrección» (72). Hasta podría llegar a decirse que hay en la política planificadora moderna una línea de procedimientos de tanteos, de selección, de secuencias. Con más o menos relación con la planificación, tanto en Francia como en Estados Unidos, y ponemos esto a título de ejemplo, se ha trabajado independientemente, pero con parecido sentido, en lo que al otro lado del Atlántico se conoce con el nombre de «*Principle of Optimality*». Principio que enuncia que existe una estrategia óptima, que hace corresponder una esperanza óptima a cada época y a cada situación del centro de decisión, y que define un método regular que permite deducir las esperanzas óptimas, unas de otras, remontando el curso del tiempo, de período en período (73).

(69) Esta frase está recogida de la obra de Robert L. HEILBRONER, *El gran ascenso*, «Fondo de Cultura Económica», México, 1.ª ed. en español, 1964, p. 49.

(70) Esta frase de Raymond ARON está recogida de Jean MEYNAUD, *Los problemas ideológicos del siglo XX*, p. 217.

(71) José Luis L. ARANGUREN: *Ética y política*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1968, p. 51.

(72) Fred HOYLE: *Man and Materialism*, 1957, p. 149.

(73) Pierre MASSÉ, *ob. cit.*, pp. 43-44.

Entre audaces y prudentes, más bien son estos últimos los que predominan entre los planificadores, sacrificando las esperanzas al temor. Suelen mostrarse audaces y más audaces, pero no demasiado audaces. El influjo de los economistas explica esta tendencia. Como con gran agudeza ha advertido Pierre MASSÉ, en el mejor momento del *sueño* surge el «malo» de la película, esto es, el economista, recordando a los ambiciosos, a los impacientes y a los temerarios, las servidumbres de la condición humana (74). De ahí que tantas veces recalque que «la programación es una optimización (75), es decir, una selección del mejor programa entre los que son compatibles con los recursos dados o el objetivo asignado, Compatibilidad expresada por «coacciones» en forma de «desigualdades»; no estar por encima de los recursos; no quedar por debajo de los objetivos, la programación pone así en juego —continúa MASSÉ—, esas «matemáticas insólitas» (G. Th. GUILBAUD) que son las matemáticas de las desigualdades.

El planificador moderno lo que es, ante todo, es un estratega. Ya en principio acepta la idea de «completar los proyectos establecidos de antemano por nuevos proyectos inspirados por las circunstancias (Gastón BERGER). Es un estratega que cuenta con los hechos, pero que no se somete a las fatalidades, y que ha terminado aprendiendo la mejor lección de la humildad socrática: la de considerar el arte de administrar como el «arte de lo posible» (76); la de ver en el arte de la planificación una *transacción* por lo que «únicamente las alternativas más *plausibles* son elaboradas en detalle» (77); reconociendo la importancia relativa del fenómeno de que se trata, al admitir que «aún estamos lejos de tener una información suficiente para aplicar el criterio en una forma científicamente exacta», hasta el punto de admitirse que «en gran parte la elección debe hacerse sobre bases intuitivas» (78).

Si el planificador de nuestro tiempo suele ser un personaje frío, calculador, racionalista, extremadamente prudente, sensato, precavido, previsor; por el contrario, el autor de cualquier utopía suele estar adornado, por lo general, de unas cualidades bastante opuestas. En efecto, si se para mientes en la personalidad de la mayoría de los que se han movido en un terreno más o menos utópico, y en especial, en los grandes reformadores sociales, al instante se percibe que las ca-

(74) Pierre MASSÉ, *ob. cit.*, pp. 54-55.

(75) Pierre MASSÉ, *ob. cit.*, p. 130.

(76) S. CIMMINO, *ob. cit.*, p. 280.

(77) Herbert A. SIMON, *ob. cit.*, p. 95.

(78) Jan TINBERGEN: *Planificación central*, p. 81.

racterísticas de éstos han solido ser bastante diferentes de las anteriormente enunciadas, pues, por lo común, han respondido al tipo de hombre imaginativo, soñador, impulsivo, temperamental, sensitivo.

La imagen utópica es un cuadro de lo que *debe ser (sollen)*, no de lo que *es (sein)*, ni de lo que *puede ser*, y en función de lo que el autor de la misma desearía ver convertido en realidad. El autor de cualquier utopía no suele partir del presente, como el planificador, sino que acostumbra construir imaginativamente un mundo opuesto, feliz, que lo sitúa en un lugar creado por su fantasía (utopía: fuera de lugar) o fuera del tiempo, al menos del tiempo actual y del inmediato (por lo que lógicamente estas utopías deberían llamarse *u-cronias*).

Los utopistas, ante todo, de lo que tratan es de huir de toda posible contaminación de lo existente; por eso su inclinación a evadirse de las dos coordenadas que circundan al hombre: tiempo y espacio. Puestos a la construcción de una obra idealista, imaginativa, su inclinación les conduce a la creatividad total de lo por ellos querido y pensado, pues todo lo *dado* les resulta un estorbo. Es un mundo que querían ver destruido, o al menos transformado por completo. Y no es que el utopista sueñe siempre con la idea paradisíaca, ni trate de pintarnos alguna de esas *Jaujas*, tan entrañables a las mentes infantiles, pues no debe olvidarse que toda utopía presupone una vida intensamente comunitaria, necesitada, por tanto, de mayores abnegaciones y desprendimientos que los usuales en el mundo hasta ahora conocido (79).

Para Karl MANNHEIM la piedra de toque de toda utopía es la realidad. Por eso dice «un estado de espíritu es utópico cuando resulta desproporcionado con respecto a la realidad dentro de la cual tiene lugar» (80). «Esta desproporción se hace evidente —continúa— siempre por el hecho de que semejante estado de espíritu, en la experiencia, en el pensamiento y en la práctica, se orienta hacia objetos que no existen en la situación real.» Sin embargo, Karl MANNHEIM procura apurar más el concepto, puntualizando que no basta para considerar a un espíritu como utópico con que sólo exista ese dato de la desproporcionalidad con respecto a la situación inmediata y circundante y la trascienda, pues, «solamente llamaremos utópicas —dice— a aquellas orientaciones que trascienden la realidad y que, al informar la con-

(79) Un ejemplo de ello lo tenemos en la clásica *Utopía*, de Tomás Moro, Editorial ZYX, Santiago de Chile-Madrid, 2.ª ed., 1968.

(80) Karl MANNHEIM: *Ideología y utopía*, Ed. Aguilar, Madrid, 2.ª ed., 1966, pp. 280 y ss.

ducta humana, tiendan a destruir, parcial o totalmente, el orden de cosas predominante en aquel momento».

Precisamente esta última característica de la *utopía* es la que ha servido para establecer la distinción entre ella y la *ideología*. El ideólogo suele interesarse más por metas que trascienden la existencia real que por las que son simplemente inmanentes a ella, pero sin atreverse a destruir las limitaciones esenciales del orden existente. Sólo cuando a este orden se le pierde el respeto y se aboga por su destrucción, sin reparar en el trauma que ello produzca, se está ante la verdadera utopía. Este es, al menos, el pensamiento de K. MANNHEIM.

Empero, la tarea discriminatoria, entre lo utópico y lo ideológico, no siempre resulta fácil, tanto por la fluidez de contornos de ambos conceptos, como por el interés de los representantes de los sistemas establecidos, en presentar como utópicas aquellas ideas que, a juicio de los mismos, pueden perturbar o inquietar, en mayor o menor grado, el orden imperante.

De todos modos, el tiempo trabaja contra la utopía. Paralelamente a lo que ocurre a las ciencias exactas y naturales, cuyo progreso recorta las posibilidades de la ciencia-ficción, igualmente los avances en la prospección del futuro hace disminuir las perspectivas utópicas de los que sueñan con mundos perfectos e ideales. Por consiguiente, el mundo *deseado* cada vez se nos muestra más angosto, mientras que el mundo *existente* y el *programado* cada vez nos tiraniza más, en cuanto cada vez éste dispone de más medios para su estabilización y perdurabilidad.

Por eso en los países de régimen comunista la planificación ha venido después de la revolución, como dos ciclos incompatibles y sucesivos, en misión consolidadora y estabilizadora del nuevo orden —el orden de la revolución—, y por eso también, en los países de Occidente, la planificación no se propone alterar el *statu quo* existente, sino desarrollarlo y mejorarlo.

De ahí que en la utopía predomine lo que se *quiere*, mientras que en la planificación lo primero a tener en cuenta es lo que se *puede hacer*; de ahí también que en aquella el *querer* pueda representarse en un mundo ideal e imaginario —*absiracto*—, mientras que en la segunda el *poder* tenga que ser planteado en forma *concreta*, referido a lo que pueda hacerse en una determinada situación, en un determinado lugar y en un determinado tiempo. Porque sólo partiendo de lo concreto y tangible, de lo que el pasado y el presente han decantado,



podrá resultar viable una labor de despegue hacia el futuro, sin saltos en el vacío, sin soluciones de continuidad.

Advertimos, antes de cerrar este capítulo, que, en aras de la simplicidad, se ha esquematizado al máximo la idea de la utopía, hablando de ella más bien en singular, para su mejor contraste con la idea planificadora, lo cual no concuerda del todo con la realidad: con la realidad de la utopía. Efectivamente, los que con detenimiento se han ocupado de esta materia, como ocurre con Martin BUBER (81), han empezado por no ver una sola visión de lo justo, sino varias. Y han distinguido la *revelación*, como visión de lo justo consumada en la imagen de un *tiempo perfecto*, como *escatología mesiánica*, y, por otra parte, la *idea*, como visión de lo justo consumada en la imagen de un *espacio perfecto*, como *utopía*.

También K. MANNHEIM (82) ha pluralizado la idea utópica, aunque con un enfoque diferente: ha llegado a la utopía a través de la ideología y nos ha ofrecido diversas versiones de la misma, como consecuencia de una serie de movimientos político-sociales:

- a) El quiliaísmo orgiástico de los anabaptistas.
- b) La idea humanitaria liberal.
- c) La idea conservadora.
- d) La utopía socialista-comunista.
- e) La utopía en la situación contemporánea.

La verdad, pues, es que no es muy correcto hablar de la utopía en singular. Por eso, sin duda, R. RUYER (83) estudia la utopía y las utopías. Es que a la utopía, producto de la imaginación del hombre, nunca se le podrá encerrar dentro de un patrón uniforme. De la misma forma que a los sueños no se les podrá poner fronteras. Hay un tipo de ellas, sin embargo, que pueden considerarse en situación de agotamiento. Y nos referimos precisamente a las verdaderas utopías, esto es, a las montadas, como elemento esencial, sobre un país imaginario. La razón es bien sencilla: con los descubrimientos geográficos nada quedó en nuestro planeta por revelar. Antes de ellos estaba justificado que se pensara en «Las Hespérides», en «La Atlántida», en «El Eldorado», etc., pero, después, la cosa podía resultar como un cuento de niños. Podía pensarse que con las investigaciones especiales se abriría

(81) Martin BUBER: *Caminos de utopía*, «Fondo de Cultura Económica», México-Buenos Aires, 1966.

(82) K. MANNHEIM, *ob. cit.*, pp. 282 y ss.

(83) R. RUYER: *L'utopie et les utopies*, París, 1950.

un campo inagotable para un nuevo manantial utópico. Sin embargo, reconozcamos que no existe ambiente propicio para ello. El hombre actual es más bien escéptico y descreído. Contempla a un semejante suyo pisando el suelo de la Luna y se encoge de hombros. Se le habla de una posible vida en otros planetas y hace lo mismo. Se limita a ver y a esperar. A esperar que le vayan diciendo las sucesivas experiencias espaciales. Es que éstas son producto de la técnica, y la técnica, ya se sabe, mata el alma.

Queda la acción de la utopía en el plano del tiempo, y resulta también que, como se apuntó ya, el tiempo también trabaja contra la utopía, en cuanto del tiempo se va apropiando la planificación, que es antiutópica. Sin embargo, casi estamos a punto de arrepentirnos de dejar sentada esta afirmación tan absoluta, sin formular ciertas reservas. Porque en este momento pensamos si no hará falta alguna utopía para poner poesía e ilusión sobre el prosaísmo de lo que se nos presenta tan grave y severo, tan racional y calculado: sobre la planificación. Hasta el punto que E. M. CIORAN (84) se pregunta si la vida, sin utopías, en el nivel de la multitud, no se haría irrespirable.

Digamos, por otra parte, que, dentro de esta diversidad de planos y de enfoques, en este entrecruzamiento de la *visión subjetiva y deseada* (utopía) y la *visión objetiva y calculada* (planeamiento) no siempre la primera nos da la nota risueña y optimista, porque, a veces, surge la *utopía del infierno* o *contra-utopía*, como nos advierte E. GARCÍA DE ENTERRÍA al tratar de los peligros y excesos que suele presentar la Administración contemporánea, sometida a un régimen del todo regimentado y concentrado, sin espíritu, donde la fascinación de los instrumentos produce «une sorte d'effacement, de dissolution des buts», expresión ésta recogida de P. RICOEUR (85).

Si del ser humano se ha podido predicar, con entera razón, que es, a la vez, una gran cosa y una cosa miserable (Jonathan SWIFT), ello por sí solo puede explicar el que, incluso ante lo utópico, la idea haya sufrido un proceso degenerativo, transformándose en fea y desagradable la bella y sugestiva visión de los soñadores idealistas.

¿Se librará de esto la planificación en lo que tiene de utópico? ¿Se invertirán los términos y el planeamiento se nos aparecerá como una contra-utopía? De esto precisamente trataremos en el siguiente capítulo.

(84) E. M. CIORAN: *Histoire et utopie*, Paris, 1960, p. 24.

(85) E. GARCÍA DE ENTERRÍA: *Legislación delegada...* p. 31.

CAPÍTULO IV

*Planificación y contrautopía*

Aunque los planificadores puedan pensar, por lo menos muchos de ellos, que su idea y su obra han quedado instaladas confortablemente, dentro del círculo de valores aceptados o aceptables por sus respectivas sociedades, sin embargo, la realidad no muestra motivos para tanta confianza.

En efecto, pese a encontrarse el movimiento planificador en plena juventud, lo que en principio permite atribuirle un ímpetu y un brío propios de esa edad, empero, no todo en él marcha sobre ruedas y por camino expedito, pues es fácil detectar la aparición de un proceso de obstrucción y de desgaste, en el que es destacable el amplio espectro de una especie de *leyendas negras*, a base del montaje y difusión de lo que se ha dado en llamar *utopías del infierno* o *contrautopías*, presentadas en los tonos más sombríos y con una visión enteramente apocalíptica.

Porque si las utopías clásicas, las que hasta BELLAMY aproximadamente, según afirma FREYER y nos recuerda GARCÍA DE ENTERRÍA, pintaban el Paraíso en la Tierra (bueno, CYRANO DE BERGERAC lo situó en la Luna), por el contrario, no todos los futurólogos contemporáneos, ni sus más inmediatos predecesores, imaginan el porvenir de forma tan propicia y atrayente, siendo uno de los principales motivos de ello la pesadilla fantasmal que les produce la idea planificadora.

Que la planificación haya despertado en ciertos sectores sentimientos hostiles, en muchos casos exacerbados, al extremo de producir una militancia francamente enemiga hacia ella, no es dato bastante para que, sin más, quede justificado un juicio apriorístico negativo sobre la misma.

Por de pronto, el calor y el coraje con que muchos de ellos la combaten nos delata, por sí, que no es una mera entelequia, ni un concepto vacuo y estéril. En apoyo de lo dicho vamos a contrastar aquí el concepto de planificación, sirviéndonos, como piedra de toque, de un concepto más general, en el cual, aquél, en cierta forma, puede considerarse incluido: el de *reforma administrativa*. Pues bien, ocurre, y no parece que sea por obra del azar, que el movimiento de reforma administrativa, en su consideración puramente teórica y abstracta, no ha encontrado, hasta ahora al menos, en ninguna parte, *ni un solo*

*enemigo declarado*. Nadie, en efecto, se ha atrevido a hacer frente a los programas y a los intentos de reforma. Por el contrario, la reforma incluso ha servido de *slogan* político, presentándola en muchos casos con la mayor espectacularidad, hasta el extremo de llegar a la creación en varios países de Departamentos ministeriales, con ese nombre, y a ella dedicados. En general, si ha habido objeciones o reparos ha sido en lo accidental, en cuestiones de detalle, no de esencia. La explicación es simple: «La expresión *reforma administrativa* es una entidad cómoda por su imprecisión misma», nos dirá uno de los autores que se han dedicado al tema (86). «Ella puede recubrir un programa muy vasto y representar el papel de panacea. La misma es, de otra parte, muy imprecisa; no representa ninguna institución definida, ningún interés particular; la misma *no inquieta*» (87). Así, bajo estos supuestos, es natural que el autor citado deduzca que la unanimidad recae sobre ella. Las dificultades—anota—comienzan cuando se trata de obrar y precisar los objetivos a entender, así como las medidas a tomar (88).

Por el contrario, ante la planificación, abundan hoy los que, *a priori*, sin esperar a conocer sus detalles o pormenores, ni entrar en matizaciones, se plantan con el desafío de un NO rotundo. Son los que por esta idea sienten lo que se ha llamado *fobia del concepto* (89). En el mundo occidental, sobre todo, son muchos los que no se libran del prejuicio derivado de los orígenes sociopolíticos de la institución y de su implantación en las naciones del Este europeo. Precisamente por ello tiene enemigos irreconciliables, que se niegan en redondo a admitir en ella la más mínima bondad. En este sentido, uno de sus más decididos opositores, F. A. HAYEK (90), ha sostenido, con toda energía, que la economía planificada destruye la democracia, el Estado de derecho y la libertad, fomenta el autoritarismo y el poder de los dirigentes y desvanece la verdad en la opinión pública, por efecto de la propaganda. En definitiva, para este autor, en toda planificación se llega a un plano inclinado, que conduce indefectiblemente al autori-

---

(86) Edouard BONNEFOUS: *Le Réforme Administrative*, Ed. Presses Universitaires de France, París, 1958, p. 115.

(87) Edouard BONNEFOUS, *ob. cit.*, p. 115.

(88) Edouard BONNEFOUS, *ob. cit.*, p. 115.

(89) E. HIRSCH, citado por Hans Peter IPSEN, *Cuestiones sobre un Derecho de la planificación económica*, en «Planificación», vol. I, Inst. Estudios Administrativos, Madrid, 1974, p. 61.

(90) F. A. HAYEK: *The Road to Serfdom*, en castellano, *Camino de servidumbre*, Ed. «Rev. Derecho Privado», Madrid.

tarismo. Adversión frente a la planificación central, que había compartido Walter LIPPMANN en su obra *The good Society*, editada en 1938.

Para estos *Profetas de la catástrofe*, cuyo pontífice máximo fue SPLENGER (en un plano general), nada aprovechable puede ofrecernos la planificación, al presentárnosla como si fuera la propia encarnación del MAL. En ésta centran sus ataques, aunque en realidad los mismos vayan más lejos, puesto que se dirigen, por elevación, al *puntus saliens* de sus preocupaciones: la socialización, en cualquiera de sus formas y grados.

Con esta postura, la clase ultraconservadora contribuye a dejar la utopía en poder del contrario, olvidando que, como dice ADORNO (91), «frente a la decadencia de Occidente no está, como instancia salvadora, la resurrección de la cultura, sino la utopía, que yace, silenciosa e interrogante, en la imagen misma de lo que se hunde». Así pues, esta clase, lejos de adentrarse en el terreno de la imaginación y de la aventura utópica, se repliega tras del fortín de una postura *anti*, carente de horizonte. Ocurre que el ultraconservador no ha sido nunca utópico, pero, lo que es aún peor, ni siquiera teórico, si hemos de creer a Karl MANNHEIM (92). Ahora bien, la carencia de estas predisposiciones no consiste en un problema antropológico, sino que deriva de unas circunstancias histórico-sociales dadas. El propio MANNHEIM explica que dicha falta «... está de acuerdo con el hecho de que los seres humanos no teorizan sobre las situaciones reales en las que viven, mientras se encuentran perfectamente ajustados en ella». Por eso, cuando las circunstancias han cambiado, produciéndose una situación de desajuste, el ultraconservador no puede aferrarse al *statu quo ante*, pues queda obligado a poner en cuestión las bases de su propio dominio. De este modo, afirma igualmente MANNHEIM (93), «... surge una contrautopía que sirve de medio para la autorientación y para la defensa».

Mas la derecha conservadora no ha pasado de ahí, permitiendo que la utopía penetre en la conciencia de los movimientos de masas y forma parte de sus fuerzas motrices esenciales (94), esto es, dejando el campo libre a la izquierda. Claro que ésta, como agudamente ha señalado L. KOLAKOVSKI (95), «no puede vivir sin utopía». «La izquierda

(91) T. W. ADORNO: *Crítica cultural y sociedad*, Ediciones Ariel, Barcelona, 3.ª ed., 1973, p. 38.

(92) Karl MANNHEIM: *Ideología y utopía*, Ed. Aguilar, Madrid, 1966, p. 302.

(93) Karl MANNHEIM, *ob. cit.*, p. 303.

(94) Leszek KOLAKOVSKI: *El hombre sin alternativa*, Alianza Editorial, Madrid, 1970, p. 159.

(95) Leszek KOLAKOVSKI, *ob. cit.*, p. 159.

segrega las utopías (comenta este mismo autor) al igual que el páncreas segregla la insulina, en virtud de una regularidad innata.» Y es que «las metas cuya consecución no es posible por el momento, no se realizarán jamás si no se las formula cuando todavía resultan irrealizables», porque «la existencia de la utopía en cuanto utopía es una condición indispensable para que alguna vez deje de serlo», pues «la conciencia revolucionaria no puede contentarse con intervenir en los cambios que están teniendo ya lugar; no puede seguir tan solo el paso de los acontecimientos, sino que tiene que ir delante de ellos, cuando todavía no es posible ni planificarlos ni preveerlos» (96).

Ante este manejo pertinaz y constante de la utopía por la izquierda, sus oponentes de la derecha, en este aspecto concreto de la planificación, la combaten estableciendo un doble frente. Por un lado, atacan ésta frontalmente, tratando de minar la base misma de la construcción utópica, con el propósito de convertir la utopía en una «utopía del infierno», como al principio se apuntó. Por otro, magnifican su propio sistema —la economía de mercado—, presentándolo como el más idóneo, en el plano económico, y el más seguro, en el político, para preservar las libertades ciudadanas.

No obstante, antes de proseguir el discurso, nos parece necesario puntualizar que la exposición que antecede, en su esquematismo, si alguna validez puede ofrecer, lo es en cuanto contribución a presentar el problema que nos ocupa en su perfil más acusado y llamativo, mas no en su verdad profunda. Porque lo cierto es que en la batalla entablada contra la planificación ni toda la derecha combate en el campo enemigo ni éste se reduce a la derecha, puesto que los luchadores más ardorosos frente a esta idea suelen proceder de las filas liberales, o del bando de los de espíritu rebelde y anarquizante. Ejemplo de los primeros, entre nosotros, es el que nos ofrece Julián MARIAS, tan constante en su pensamiento, contrario a todo exceso de regimentación e intervencionismo estatal, como puede observarse, entre otros, en su libro *Meditaciones sobre la sociedad española* (97). Modelo de los segundos, BERTRAND RUSSELL, quien, en multitud de ocasiones, no ha dejado de manifestar su más resuelta repulsa a todo lo que coarte la «acción espontánea del impulso in-

---

(96) Leszeck KOLAKOVSKI, *ob. cit.*, p. 161.

(97) Julián MARIAS: *Meditaciones sobre la sociedad española*, Alianza Editorial, Madrid, 1966, pp. 27-34.

dividual» (98). Actitudes las de estos ideólogos que, desde luego, no deben confundirse con las adoptadas por quienes parten de una motivación bien distinta, como ocurre con la de los industriales alemanes, «completamente alérgicos a la noción de una planificación central de la economía», según comenta Jean MEYNAUD (99), ya que los primeros se enfrentan al movimiento planificador por sentimientos puramente ideales, mientras que los últimos lo hacen impulsados por razones de defensa de intereses materiales muy definidos.

Siguiendo este planteamiento, se han de destacar los factores que más vienen contribuyendo a la configuración de la planificación como contrautopía. El primero de ellos deriva del hecho de que esta técnica sea ante todo una técnica dirigida a una actuación de futuro, por lo que resulta inevitable que en ella repercutan las perspectivas que ese futuro nos ofrezca en cada momento histórico. Pues bien, he aquí una circunstancia paradójica: precisamente cuando la planificación empieza a verse plasmada en realidad, y siendo inherente a la misma la idea de perfectibilidad en la actuación social del hombre, esto es, de los sistemas sociales, económicos y políticos, he aquí que por esta misma época se inicia una fase de involución en la fe en el progreso; fe tan potenciada por la Ilustración y por la Revolución francesa.

Ilustrativas son, a este respecto, las palabras del historiador Edward HALLETT CARR, quien nos dirá que «entre mediados del siglo pasado y 1914 era poco menos que imposible para un historiador británico concebir el cambio histórico como no fuera para mejor»; mas a continuación agrega que, «después de 1920, entramos en un período en que el cambio empezaba a asociarse con el temor por el futuro y podía verse como transformación para peor, período éste de renacer del pensamiento conservador» (100). Observación que repite de una u otra manera en diversas partes de su obra, acentuando en una de ellas que «ya no se ve el cambio como un logro positivo, una oportunidad, un progreso, sino como un objeto de temor» (101).

Los temores incluso surgieron antes, pues, ya en 1825, GOETHE vislumbró la inminencia de la Era del Maquinismo, y algo peor: «Veo

(98) Bertrand RUSSELL: *El impacto de la ciencia en la sociedad*, Ed. Aguilar, Madrid, 1952, p. 93. Y en *La perspectiva científica*, Ediciones Ariel, Barcelona, 1969, pp. 171-176, entre otras obras suyas.

(99) Jean MEYNAUD: *Planification et Politique*, en «Studes de Science Politique», Lausana, 1963, p. 21.

(100) E. R. CARR: *¿Qué es la Historia?*, Seix Barral, Barcelona, 1973, p. 50.

(101) E. R. CARR, *ob. cit.*, p. 211.

venir el tiempo en que Dios no sienta ya alegría en la humanidad y otra vez tenga que destruirla para proceder a una creación remozada.» Karl JASPERS, de quien recogemos esta cita, se refiere también a opiniones de TOCQUEVILLE, BURCKHARDT y NIETZSCHE, quienes, cada uno desde su particular punto de vista, se pronuncian en tonos nada optimistas sobre el futuro de la Humanidad (102).

En esto, como en tantas cosas de la vida, lo difícil es mantener una postura de mesura y equilibrio; mejor aún, una continuidad (103). Por eso, de la idea de PROGRESO, tan asentada en el pasado siglo, se ha pasado bruscamente incluso a visiones melodramáticas, como, por ejemplo, la de Richard FALK (104), para quien la década de 1970 queda caracterizada como la de la política de la «desesperación»; la de 1980, como la de la política de la «desesperanza»; la de 1990, como la de la «catástrofe», y el siglo XXI, como el de la «aniquilación».

Claro está que en estas premoniciones no todos los malos presagios se cargan en la cuenta del intervencionismo estatal y de la planificación, ya que existen autores que ni siquiera cargan el acento en ella, e incluso que no piensan en la misma, sobre todo los que parten en su preocupación de los factores ecológicos, la proliferación de las armas nucleares, la explosión demográfica, los excesos del maquinismo y la llamada rebelión de la técnica, las tensiones sociales y las crisis económicas.

Empero, son muchos los que el porvenir sombrío lo entrevén fundamentalmente a causa de la planificación, y de ahí su versión contrautópica de la misma. Ello es debido, sin duda, a que esta técnica facilita como ninguna otra la concentración en la toma de decisiones, lo que naturalmente implica una concentración de poder; a que potencia el intervencionismo estatal, lo racionaliza y coordina, con la consiguiente elevación de la eficacia de la actuación administrativa, que, quierase o no, suele traducirse en un avance del proceso socializador. Un incremento en la conformación de la sociedad, a gusto de la voluntad preponderante.

---

(102) Karl JASPERS: *Origen y meta de la Historia*, Editorial «Revista de Occidente», Madrid, 1965, pp. 187 y ss.

(103) Giambattista Vico, pensando en la marcha de la Historia, y dentro de ella, en Edades de larga duración (la de los dioses, la de los héroes, la de los hombres), creyó ver en ese decurso la actuación pendular de un flujo y un reflujo (corso e ricorso). Karl LOWITH: *El sentido de la Historia*, Ed. Aguilar, Madrid, 4.ª ed., 1973, p. 149.

(104) R. L. HEILBRONER: *El porvenir humano*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1975, p. 33.



Debe anotarse que si el nervio de la planificación lo constituye la economía, sin embargo, en el montaje de la visión contrautópica suele prestarse especial atención, a veces destacadamente, a otros elementos, sobre todo al factor hombre, y a su conjunto—la sociedad—, que se considera distinta, de estar planificada, a no estarlo, teniendo en cuenta el enorme influjo que la Administración puede ejercer sobre los particulares, al disponer aquélla de las modernas técnicas de comunicación y de propaganda.

Dan, por supuesto, los constructores de la contrautopía, que el ciudadano—el súbdito—de una sociedad planificada es un ser sumiso, estandarizado, opaco, de imaginación abotargada; en suma, un ser degradado y capitidismínuido. Y ello aunque se trate de un Estado regido por personas animadas por las mejores y más altruistas intenciones.

El pronóstico se basa en el hecho de considerar el paternalismo estatal (aunque la mayoría de los autores sólo piensen en un despotismo estatal), contrario, *per se*, al desarrollo de la personalidad de su elemento humano, pues estiman que ésta se merma en proporción a los recortes que se le hagan en la toma de decisiones e iniciativas.

A este respecto creemos útil recordar la opinión de un científico—médico biólogo—, René DUBOS (105): «La experiencia común enseña que, en tanto que los recursos físicos y mentales del hombre no pueden desarrollarse cabalmente en condiciones de adversidad extrema, parece que, con todo, son esenciales cierto esfuerzo, cierta tensión y ciertos riegos para que el individuo se desarrolle del todo.» Llegando a afirmar que «un nivel demasiado bajo de estimulación de los sentidos puede llevar a trastornos psicóticos y que el hombre funciona óptimamente cuando trabaja un número suficiente de sus neuronas».

René DUBOS, como biólogo, no tiene inconveniente en traer a colación los experimentos del doctor CURT P. RICHTER y sus colaboradores, y sus conclusiones de que la rata domesticada de laboratorio difiere de su antepasado silvestre, la rata de Noruega, en muchos rasgos anatómicos y fisiológicos que pueden medirse mediante pruebas objetivas. «Como resultado de la selección y de la vida en el medio resguardado del laboratorio, la rata domesticada ha perdido

---

(105) René DUBOS: *Los sueños de la razón*, Breviarios del Fondo de Cultura Económica, México, 1967, p. 85.

la mayor parte de la capacidad de la rata silvestre para arreglárselas sola, luchar y resistir la fatiga, así como sustancias tóxicas y enfermedades microbianas. La rata domesticada se ha vuelto menos agresiva en su conducta, pero también menos capaz de soportar los esfuerzos y tensiones de la vida, de manera que le sería difícil sobrevivir expuesta a la competencia de la vida libre». René Dubos considera que «los efectos de la domesticación en la rata silvestre no carecen de pertinencia para el porvenir del género humano». Aposillando que «las sociedades humanas que constan de ciudadanos bien domesticados, amantes de la comodidad y sumisos, pueden no ser las que tengan más probabilidades de sobrevivir» (106).

Sin embargo, la contrautopía más negra y espeluznante corre a cargo de los literatos. La erosión que éstos han hecho en la idea planificadora es incomparablemente mayor que la que hayan podido hacer el conjunto de los economistas y, en general, el de los científicos enemigos de ella.

El fenómeno, desde luego, tiene perfecta explicación. El literato maneja la fantasía principalmente, y el horizonte de ésta es mucho más dilatado que el de cualquier otra clase de actividad humana. De ahí que esta misma fantasía, que ha servido para que imaginemos paraísos, arcadias felices y estados ideales, igualmente ha podido ser utilizada para presentarnos mundos infernales, como el que nos pinta George ORWEL en su novela *1984*, en el que el principal protagonista, casi más que «Winston» y que «El Gran Hermano», es la «Telepantalla», encargada de dar constantes consignas del partido y de registrarlo todo, incluso las sacudidas de los intestinos de Winston. El país imaginado, «Ingsoc», es una parte no muy grande de Oceanía. Y Oceanía es una de las tres grandes potencias que se reparten el poder mundial, de una humanidad por completo socializada y tecnificada. No se habla en «Ingsoc» de un Ministerio de Planificación, porque ya no es necesario, porque la vida ha quedado regimentada totalitariamente. Apenas si hay necesidad de más de cuatro departamentos ministeriales: el «Ministerio de la Verdad» (sarcásticamente se da a entender que es el de la mentira: se dedica a manipular la información y a organizar la educación y las artes; el «Ministerio de la Paz» (para los asuntos de la guerra), el «Ministerio del Amor» (encargado de la represión y del orden público) y el «Ministerio de la Abundancia» (para administrar la escasez).

---

(106) René DUBOS, *ob. cit.*, pp. 85-86.

Otro ejemplo: el de Aldous HUXLEY, aunque no sea comparable al de ORWEL, puesto que en varias de sus obras se esforzó por presentarnos un mundo feliz para el futuro; sin embargo, no han faltado en su obra literaria muestras de su imaginación futurista envuelta en visiones decepcionantes. Así, en *Brave New World*, nos ofrece algo así como una fábrica de la naturaleza humana. Una fabricación en serie de seres uniformes, de parecida sonrisa, de encanto postizo y hasta de conciencia estandarizada. «Los hombres no son sólo meros compradores de los grandes «truts», sino que parecen incluso producidos por la omnipotencia de éstos, perdiendo su propia individualización.» «La sonrisa venal de las modelos de modas es para esa mirada (la visión pánica) lo que realmente es: la trágica mueca de la víctima.» «Terror mínimo, como esos *tests* para la admisión como *liftboy*, que sirven para descubrir al más tonto, y visiones espantosas, como el aprovechamiento técnico de los cadáveres.» «El *Brave New World* es un único campo de concentración que, liberado de su contradicción, se tiene a sí mismo como paraíso terrestre» (107).

HUXLEY no ha tenido necesidad de esforzarse demasiado para descubrir que la cultura americana no se ha quedado atrás de la europea, sino que se le ha adelantado, siguiendo ahora el Viejo Mundo los pasos del Nuevo. Y éste mundo se transforma en infierno con sólo prolongar sus líneas características. Sus observaciones sobre el estado actual de la civilización le llevan a establecer la evidencia de su maldad. Le inquieta pensar lo que resultará de los hombres cuando no conozcan la miseria. Prevé un sistema clasista racionalizado y a escala planetaria; un capitalismo de estado *planeado* y sin lagunas, que a la total colectivización corresponderá el dominio total. En lugar de los principios de la Revolución francesa, él coloca estos otros: «*Community*», «*Identity*», «*Stability*». La palabra clave, apunta Adorno (108) es «*conditioning*», garantizadora de la estática social, significando la producción de determinados reflejos o modos de comportamiento por modificaciones planeadas del mundo circundante, mediante el control de las «condiciones». En HUXLEY, sigue Adorno, «*conditioning*» indica la total preformación del hombre por la intervención social, desde la generación artificial y la dirección técnica de la conciencia y del inconsciente en los primeros estadios de la vida hasta el «*death conditioning*», un «*training*» que quita a los niños el

(107) T. W. ADORNO, *ob. cit.*, pp. 77 y ss.

(108) T. W. ADORNO, *ob. cit.*, p. 81.

miedo a la muerte por el procedimiento de hacerles contemplar agónias al mismo tiempo que se les hace gustar dulces, con los que asociarán siempre la idea de la muerte.

Una frase que se atribuye a FORD —«*history is bunk*»— sirve para lanzar al vertedero todo lo que no corresponde a los más recientes métodos de producción, y, con ello, toda continuidad de vida. Los hombres terminan anquilosados. Y él habla. «La decadencia del habla se encuentra ya en su tendencia objetiva. La transformación virtual del mundo en mercancías, la decisión previa sobre aquello que se piensa y se hace, realizada por la máquina social, hace ilusoria el habla...». Desprovisto de ideas, «el diálogo queda maduro para desaparecer» (109).

Los modelos literarios contrautópicos son tantos, que su inventario resultaría inagotable. Por eso, para no cansar al paciente lector, bastará con los expuestos. Ahora bien, no debe cerrarse este apartado con lo que de negativo y aborrecible nos presenta el conjunto de visiones contrautópicas del futuro humano. Por eso vamos a hacer ahora referencia al drama «RUR» (Rossum's Universal Robots», de KAREL ČAPEK, introductor de la palabra «robot» en la lengua inglesa. En él, tras de ciertas peripecias y revoluciones, se llega a un final en el que, cuando se trata de descubrir el secreto de Rossum, el inventor, lo que se descubre es que los robots tienen sentimientos y que, de hecho, pueden procrearse. Han suplantado al hombre. Moraleja: vida y amor sobreviven. La tecnología deshumaniza únicamente a los hombres que desean ser deshumanizados (110). Por eso, como dijo C. WRIGHT MILLS, hasta tanto los hombres tengan algún grado de libertad, lo que hagan no será enteramente predecible, y, por lo tanto, añadimos nosotros, no podrá quedar atrapado por las redes de la planificación. Por eso hay que descartar la idea del infierno absoluto, puesto que la propia Teología moderna lo pone en cuestión. «Hemos rechazado la idea del infierno (explicaba el obispo de Bradford en su conferencia diocesana de 1952) y hemos perdido la fe en el cielo, excepto como barrio residencial, deseable, pero probablemente ficticio». Ocurre, como dijo cierto autor, «que el infierno nos ofende, pero el cielo nos aburre». Y de ahí la preocupación de HUXLEY, recogida anteriormente, pensando en «lo que ocurrirá de los hombres cuando no conozcan la miseria». Con esto llegamos a nues-

(109) T. W. ADORNO, *ob. cit.*, p. 84.

(110) W. H. G. ARMYTAGE: *Visión histórica del futuro*, Ediciones Península, Barcelona, 1971, pp. 163-164.

tra tesis: no existe lo absoluto, ni en la utopía ni en la contrautopía. Porque no existe el bien ni el mal absoluto en la Tierra. Y mucho menos en los sistemas político-sociales. Ninguno es totalmente perfecto, ni absolutamente imperfecto. Lo que no quiere decir que resulte indiferente optar por uno o por otro porque todos resulten igualmente defectuosos. Lo que ocurre es que, como nos dirá E. H. CARR (111), «... todo invento, toda innovación, toda nueva técnica descubierta en el curso de la historia ha tenido sus facetas negativas, a la vez que sus aspectos positivos», poniendo como ejemplo el automóvil, la imprenta, la energía atómica. Pues bien, preguntamos ahora: ¿podía ocurrir algo distinto con la planificación como técnica? Rotundamente, no. Por eso nos parece muy acertada la opinión de John DEUWY cuando expuso que no quería poner el acento en una sociedad planificada, sino en una sociedad que esté continuamente planificando. Y de ahí también el que H. G. WELLS se atreviera a afirmar que «habrá muchas utopías», y que cada generación tendrá «su nueva versión de la utopía», aserto por entero aplicable a la correlativa sucesión de versiones contrautópicas.

Hay sucesión, y debe haberla, porque tanto la utopía como la contrautopía responden a corrientes de pensamiento en circulación en una determinada época; a preocupaciones, a ilusiones o a temores imperantes en un momento histórico. Pues bien, resulta que actualmente están surgiendo contrautopías, respecto a la planificación, de signo contrario al que ha dominado hasta hace muy poco tiempo. Queremos decir que, como se desprende de lo expuesto en páginas anteriores, la contrautopía ha venido poniendo el acento en los males de la planificación central e imperativa, presuponiendo la existencia de un Estado fuerte, autoritario, o francamente totalitario. Mas, de la noche a la mañana, ahora aparece un nuevo tipo de contrautopía, partiendo de un supuesto antagónico al anterior, esto es, de los peligros derivados de una imaginaria, o real crisis del Estado. Un ejemplo lo tenemos en la obra de VACCA «*Medio Evo prossimo venturo*» (Una Edad Media en un futuro próximo), cuya tesis, muy bien resumida por Umberto Eco (112), se refiere a la degradación de los grandes sistemas típicos de la era tecnológica; a la imposibilidad, por los vastos y complejos que son, de que una autoridad central pueda controlarlos, ni tampoco el aparato de administradores, por

(111) E. H. CARR, *ob. cit.*, p. 198.

(112) Umberto Eco, Furio COLOMBO, Francesco ALBERONI y Giuseppe SACCO: *La nueva Edad Media*, Alianza Editorial, Madrid, 1974.

lo que son proclives al colapso y, a consecuencia de su interdependencia recíproca, a producir un retroceso de toda la civilización industrial. Así, en esta nueva visión contrautópica, VACCA, Umberto Eco, Furio COLOMBO y otros imaginan o presienten graves peligros, a través de sus respectivas interpretaciones, de la marcha actual de la historia. Ellos parten de la idea de que la vida política se encuentra cerca, o dentro de una crisis total. Exponen o vaticinan que dicha vida política se subdividirá en una serie de subsistemas autónomos o independientes del poder central, con milicias mercenarias y administración autónoma de la justicia. La propiedad se apoyará en el derecho de usucapión. Pequeñas autoridades locales podrán conservar cierto poder, constituyendo recintos y pequeñas fortalezas. En ese momento la estructura será enteramente feudal; las alianzas entre los poderes locales se apoyarán en el compromiso y no en la ley; las relaciones individuales se basarán en la agresión, en la alianza por amistad o comunidad de intereses; renacerán costumbres elementales de hospitalidad para el viajero. Frente a tal perspectiva, nos dice VACCA, no queda más remedio que empezar a pensar en planificar instituciones equivalentes a las comunidades monásticas, que, en medio de una decadencia tan grande, se ejerciten para mantener con vida y transmitir los conocimientos técnicos y científicos útiles para el advenimiento de un nuevo renacimiento.

Umberto Eco, por su parte (113), sostiene que «vivimos en una época de procesos enormemente acelerados, en la que lo que sucede en cinco de nuestros años puede corresponder en ciertos casos a lo que entonces sucedía en cinco siglos. En segundo lugar, el centro del mundo se ha ampliado a todo el planeta: en la actualidad conviven civilizaciones y culturas que se encuentran en etapas distintas de desarrollo...».

«¿Qué hace falta para construir una buena Edad Media?», se pregunta Umberto Eco. Inmediatamente contesta: «Ante todo, una gran PAZ que se derrumba...» «Se derrumba porque en la frontera están presionando los "bárbaros", que no son necesariamente incultos, sino que traen nuevas costumbres y nuevas visiones del mundo. Dichos bárbaros pueden penetrar con violencia, porque quieren apropiarse una riqueza que se les había negado; o pueden infiltrarse en el cuerpo social y cultural de la *Pax* dominante, haciendo circular nue-

---

(113) Umberto Eco, *ob. cit.*, p. 12.

vas fes y nuevas perspectivas de vida.» «Al comienzo de su caída, el Imperio romano no estaba minado por la ética cristiana; se había minado solo...» (114).

«Que hoy estamos viviendo la crisis de la *Pax americana*—sigue Umberto Eco—es ya un lugar común de la historiografía del presente... Por otra parte, ¿quiénes eran los bárbaros de los siglos de la decadencia imperial, los hunos, los godos o los pueblos asiáticos y africanos que implicaban el centro del Imperio en su comercio o en sus religiones? Lo único que estaba desapareciendo concretamente era el *romano*, de igual forma que hoy está desapareciendo el "*hombre liberal*", empresario de lengua anglosajona, que había tenido en el *Robinson Crusoe* su poema primitivo y en Max WEBER a su Virgilio.» «... ya en nuestros días—continúa Umberto Eco—son formales muchas veces las decisiones del Gobierno con respecto a decisiones aparentemente periféricas de grandes centros económicos; y no es casualidad que estos últimos estén empezando a constituir su consejo ejecutivo privado, incluso usando las fuerzas del público, y sus universidades... Todo el mundo sabe hasta qué punto hoy la política del Pentágono o del FBI actúa de forma absolutamente independiente con respecto a la Casa Blanca.»

Umberto Eco, como botón de muestra, recurre a algo tan a mano para todo observador de la vida americana actual como es la forma de desenvolverse una de las corporaciones privadas de esa gran nación más características del nuevo estilo, y una de las más conocidas en el mundo entero: el caso de la TWA. «Probad a aterrizar en Nueva York—dice Umberto Eco—con un avión de la TWA: entraréis en un mundo absolutamente privado, con una catedral autoadministrada, que no tiene nada que ver con la terminal de la *Panamerican*. El poder central, que siente la presión de la TWA de forma especialmente intensa, proporciona a dicha compañía un servicio de Aduana más rápido que los otros. Si voláis con la TWA, entráis en los Estados Unidos en cinco minutos exactos; con otras compañías tardaréis una hora. Todo depende del feudatario a quien os confiéis, y los *missi dominici* (que tiene poder también para condenar y absolver ideológicamente) quitarán a unos excomuniones que para otros presentarán obstáculos mucho más dogmáticos a la hora de eliminarlas (115).

---

(114) Umberto Eco, *ob. cit.*, p. 13.

(115) Umberto Eco, *ob. cit.*, pp. 15-17.

Furio COLOMBO (116), por su parte, describe esta nueva versión contrautópica diciéndonos que «fuera de los nuevos muros quedarían vastos fragmentos sin coordinar de actividad industrial y económica, entre los cuales se mueven los teorizantes de las planificaciones imposibles, los empresarios aventureros, que aceptan recorrer el camino que separa los grandes riesgos de los grandes beneficios, los economistas liberales rezagados de un mercado fatalmente expuesto a toda clase de sacudidas. En esta zona abierta y asimétrica, marcada por los armazones vacíos del poder estatal y jurídico, permanecerían los jueces, los policías, los administradores y otros materiales humanos percederos abandonados al choque». «Masas cada vez mayores de hombres... errarían buscando nuevas identificaciones, nuevas referencias y nuevas polaridades en los espacios abiertos entre las instituciones insignificantes, y mientras tanto se dedicarían a la tarea primaria de sobrevivir.» «Y antes de la aparición de una nueva racionalidad habría una enorme Edad Media posindustrial, poblada de rebeldes, monjes, vagabundos y soldados, en torno a los nuevos castillos en que se ha instalado el poder.» «Los bloques de concentración tecnológica, después de algunos intentos de camuflaje, dejarían de identificarse mediante polos de civilización, y se aproximarían y alejarían en función de afinidades y estabildades de poder.» «Todo el resto quedaría abandonado a gobiernos locales, cuya identificación nacional llegaría a ser menos importante que su identificación política. Y la totalidad del territorio, expuesto al control superior y remoto de los nuevos bloques, quedaría *vietnamizado*... en el sentido de quedar abierto y disponible para cualquier clase de conflicto y para cualquier clase de operación de poder, de acuerdo con lógicas que no conciernen ni a la población ni al lugar. La *vietnamización* sería la perspectiva de acuerdo con la cual se consideran sacrificables (para el choque, para la destrucción) los territorios que no son la sede principal de las concentraciones tecnológicas.»

Confiamos que el lector se haga cargo de los motivos que nos han llevado a incorporar al texto tan largas citas, pues consideramos que nada mejor que ellas para patentizar el movimiento contrautópico existente en la actualidad, no sólo en lo que se refiere a la problemática de una sociedad más o menos planificada, sino en lo que

---

(116) Furio COLOMBO: *Poder, grupos y conflicto en la sociedad neofeudal*, inserto en la obra antes citada *La nueva Edad Media*, pp. 38-39.



afecta a algo de mucho más alcance, por afectar al destino de nuestra propia civilización.

En estos momentos, abstracción de los contenidos de las diversas construcciones contrautópicas, late una idea, común a todas ellas: la pérdida de la ingenua ilusión en un indefinido progreso de la humanidad (117). A este respecto, Bertram M. Gross (118) tiene dicho que los economistas están a menudo dispuestos a fabricar ilusiones de una felicidad futura, inmediatamente después de un presente funesto», poniendo como ejemplo el caso de la Gran Depresión americana de 1929. Del mismo modo—continúa Gross—, «en la planificación del desarrollo han sido los responsables de la fábula de que los problemas del desarrollo serán mucho más fáciles después del despegue», citando en este sentido la doctrina de Rostow. Optimismo que Gross no comparte, entre otros motivos, por éstos, que expone en su obra: 1.º, todas las soluciones crean problemas: las soluciones adecuadas conducen a grandes problemas; las buenas soluciones crean problemas fantásticos; 2.º, los problemas se portan mal: en lugar de encajar exactamente en las claras categorías que corresponden a los nombres de los ministerios, disciplinas científicas y programas, tienden a mezclarse unos con otros y formar una tela enmarañada; 3.º, el aumento de la especialización hace más difícil todos los problemas.

Ahora bien, observaciones como las formuladas por Gross no responden a ningún tipo de visión contrautópica, sino a una posición realista, esto es, a un terreno equidistante, tanto de la utopía como de la contrautopía. Postura de la que participan muchos autores en la actualidad, como ocurre con Lewis MUMFORD (119), quien destaca que «la principal justificación de los cambios gigantescos que tuvieron lugar durante el siglo XIX fue el hecho del cambio», y que «la gente consideró cada nuevo invento como un paso feliz hacia inventos ulteriores y la sociedad continuó ciegamente como un tractor oruga...». Dando por supuesto que la máquina superaba los límites

---

(117) La idea del progreso aparece magníficamente tratada por John B. Bury en su libro con este nombre, ya citado por nosotros en anterior trabajo (*Dimensión temporal de la planificación*), traducido al castellano y editado en 1971 por Alianza Editorial.

(118) Bertram M. Gross: *La estrategia administrativa del desarrollo económico y social*, editado por la Escuela Nacional de Administración Pública, Madrid, 1971, pp. 38-41.

(119) Lewis MUMFORD: *Técnica y civilización*, Alianza Editorial, Madrid, 1971, pp. 452-455.

del movimiento y del crecimiento, las máquinas tenían que llegar a ser cada vez más grandes, tenían que llegar a ser más poderosas; las velocidades habían de ser mayores, la producción en masa tenía que multiplicarse inmediatamente más, la población misma tenía que seguir creciendo indefinidamente...». «Tal era —dice— el mito del siglo XIX.» «Hoy —apostilla MUMFORD— la noción del progreso en una línea recta sin meta o límite parece quizá mezquina noción de un siglo muy mezquino.»

Aunque la calificación global que del siglo XIX se hace no la compartimos por multitud de razones que no es el momento de explicar ahora, sin embargo, sí que coincidimos con este autor en las observaciones formuladas por él a continuación, en cuanto, si bien reconoce que aún han de realizarse innumerables mejoramientos técnicos y nuevos avances en otros terrenos, indica que, incluso en el logro puramente mecánico, estamos ya a la vista de los límites naturales, no impuestos por la timidez humana o por la falta de recursos o por la técnica inmadura, sino por la naturaleza misma de los elementos con los que trabajamos. Límites —afirma— que nos acercan al fin de un largo período histórico, cuyo punto de arranque lo sitúa en el siglo XVI. Ahora bien, MUMFORD, con espíritu ecléctico, no cierra por su cuenta las puertas del progreso, pues cree ver ahora el desarrollo de un período de consolidación y de asimilación sistemática, e incluso la presencia de un estado de equilibrio interno. Equilibrio dinámico, no productor de un progreso indefinido. De nivelación, sin rápido avance unilateral. De conservación, sin saqueo inconsiderado. Equilibrio con proyección en el medio ambiente; en la industria y la agricultura, y en la población.

Por representar una posición más radical que la de Lewis MUMFORD, pensamos que pueden considerarse comprendidos en postura contra-utópica, aunque no sea más que por el estilo empleado y por la espectacularidad de sus argumentos y conclusiones, la mantenida por los economistas norteamericanos Kenneth E. BOULDING y Robert L. HEILBRONER, quienes centran su temor, respecto al futuro, en la *ecología*. Ya no se trata de que el Demonio ande conspirando en las entrañas de la planificación y del socialismo, o en las del liberalismo y el capitalismo. Para ellos, unos y otros sistemas, en la carrera emprendida por ambos, con espíritu de superar marcas, PNB, población, inventos técnicos, etcétera, terminan estrellándose contra un mismo muro: el muro ecológico.

Para HEILBRONER (120): «La ecología se ha convertido en la COSA.» Después de detallar lo que ello ha llevado consigo en el mundo de la política, de las publicaciones, de los seminarios, resume su idea diciendo que «... el problema ecológico ha asumido las dimensiones de una moda popular...», de la que, como tal moda, piensa decline más o menos pronto, excepto para unos pocos creyentes irreductibles, como es él y el citado Kenneth E. BOULDING, puesto que para ellos el referido problema constituye el más grave peligro que la humanidad ha tenido nunca que afrontar (121).

«Fundamentalmente, la crisis ecológica —remacha HEILBRONER— representa nuestro tardío despertar al hecho de que vivimos en lo que Kenneth BOULDING ha llamado, con una frase perfecta, nuestra *Aeronave Tierra*.» «Como en todas las aeronaves, la supervivencia de los pasajeros depende del equilibrio entre la capacidad de carga del vehículo para asegurar la vida y las necesidades de los habitantes del aparato...» Después de indicar que hasta hace poco las necesidades estaban dentro de las capacidades de la nave; que la Tierra hasta ahora no ha dejado de ser generosa, lo que no quiere decir que anteriormente no haya habido crisis ecológicas locales, termina este apartado de su obra diciendo, con el mayor énfasis, que «lo que es completamente nuevo en nuestra época es la idea de que la Tierra está saturada», pues «... ya hemos sobrepasado el punto límite de capacidad, si suponemos que el nivel de recursos y el de productos de desechos de los Estados Unidos y Europa occidental es el nivel medio que debe ser adoptado por toda la humanidad». «Para decirlo crudamente, si consideramos como precio del billete de primera clase los recursos que necesitan los viajeros que viajan en el Hemisferio Norte de la aeronave, hemos llegado a una situación en la que los pasajeros de proa están condenados a vivir para siempre... en un nivel de segunda clase. A menos que los pasajeros de primera se impongan cambios en su modo de vida para que la nave se convierta en un crucero de clase única.»

Imputan estos autores la saturación de la capacidad de carga de la nave a tres factores: a) aumento galopante de la población; b) efecto acumulativo de la tecnología actual; c) destrucción del medio ambiente por el desarrollo de la nueva tecnología.

---

(120) Robert L. HEILBRONER: *El porvenir humano*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1975.

(121) Robert L. HEILBRONER: *Entre capitalismo y socialismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1972.

Los vaticinios que formulan a este respecto no pueden ser más sombríos y, por lo tanto, muy en la línea de la visión contrautópica del futuro. Piensan que para el año 2000, que está como si dijéramos a la vuelta de la esquina, el contenido de CO<sub>2</sub> en el aire habrá duplicado y que el efecto de esto, que llaman «*estufa*», elevará las temperaturas del globo con consecuencias quizás catastróficas; hablan de cambios climáticos por licuefacción de los bloques de hielo flotante del Artico. Respecto a la deteriorización del medio ambiente, aluden a la presencia del DDT en la leche consumida por los niños; a los efectos nocivos del uso abusivo de fertilizantes; a los efectos contaminantes de los SST (aviones supersónicos) y, claro está, a los peligros de una posible devastación nuclear.

Dejando a un lado las segundas intenciones que podrían esconderse tras de este vaticinio dantesco, no descartables, por la sospecha que infunde una de las conclusiones o respuestas de HEILBRONER (la de que los países subdesarrollados nunca podrán alcanzar a los países desarrollados), lo que ciertamente será así, sobre todo si aquellos países llegan a convencerse a tiempo de lo que afirma HEILBRONER: que el crecimiento industrial libre es tan desastroso para los países occidentales como el crecimiento demográfico galopante para los de Africa, Asia y América del Sur; y que la adoración por Occidente del aumento del PNB debe reconocerse como una aventura decepcionante y peligrosa, hasta el extremo de proponer, adhiriéndose a la campaña promovida por Kenneth E. BOULDING, el que se llame «*a este monstruo estadístico*», «*Costo Bruto Nacional*». Dejando a un lado todo esto, repetimos, lo interesante aquí es recoger las últimas observaciones hechas por HEILBRONER, sobre la tesis de John STUART MILL y de Karl MARX, en lo referente al objetivo final de la evolución capitalista, que para el primero de éstos sería un «*estado estacionario*», en el que el capital «*tendría que someterse a una eutanasia dolorosa*», *mientras* que para el segundo, ello constituiría una contradicción de términos, opinión ésta consecuente con la idea de MARX de que el capitalista encuentra su razón de ser «*en la búsqueda insaciable de riqueza-dinero a través del crecimiento constante del sistema económico*». Ante esta antinomia, HEILBRONER, cautamente, se evade o escurre el bulto, diciendo que «*creo que todavía no podemos decidir*». Sin embargo, se las ingenia para llegar a una conclusión que, por vía directa, no se ha atrevido a formular. Su tesis es que a la clase dominante no se le puede pedir que renuncie a la actividad que la mantiene. Y apunta que, como ocurre

con la guerra, la crisis ecológica afecta a todas las clases y es capaz por ello de inducir cambios sociológicos que resultarían inimaginables en circunstancias normales. «Es posible —afirma— que las clases administrativas y capitalistas —más que las clases consumidoras— se den cuenta de que su única salvación como seres humanos... es la migración ocupacional hacia los puestos de la administración estatal o bien aceptar una disminución de su parte en el excedente nacional, por el simple hecho de que no hay otra alternativa.» «Cuando el enemigo ya no es otra clase social, sino la propia naturaleza, es posible imaginar que se realizarán ajustes que serían impensables en circunstancias normales.»

Tememos, al llegar aquí, que algún lector apresurado se pregunte a cuento de qué viene lo expuesto en las páginas inmediatamente precedentes y qué relación puede tener todo ello con el tema del presente capítulo. Pues bien, la contestación es bien sencilla. Viene a cuento de que la contrautopía se ha vuelto contra la idea que le sirvió de punto de arranque. Porque el pesimismo y el derrotismo frente al futuro ha terminado por relacionar estos sentimientos con estados y situaciones que, más que servir de repudio a la planificación, vienen a justificarla de nuevo. Las crisis de muchos estados y las amenazas de los fenómenos ecológicos no podrán resolverse ni con inhibiciones, ni con simples medidas coyunturales, sino con una acción coordinada y planeada. Si incluso en el mundo capitalista la gran empresa cuida mucho su organización, sin dejar cabos sueltos ni nada al azar, planificando sus inversiones, su proceso productivo y sus mercados, es lógico que el Estado no quede a la zaga, puesto que hasta a esas empresas les conviene asegurarse de cuáles sean los objetivos de la política económica gubernamental.

Esta afirmación presupone, desde luego, una falta de fe en el *orden natural* de los fisiócratas (Dupont NEMOURS, Mercier de la RIVIÈRE, TURGOT, QUESNAY). Orden natural que no era el del *buen salvaje*, sino, por el contrario, el evidentemente mejor, no a cualquiera, sino a los espíritus razonables, cultos, liberales, como eran todos ellos (122). «Es esencial al orden —afirma Mercier de la RIVIÈRE— que el interés particular de uno sólo no pueda ser jamás separado del común interés de todos, y esto es precisamente lo que sucede bajo el régimen de la libertad. El mundo marcha entonces por sí solo. El deseo de gozar

---

(122) Charles GIDE y Charles RIST: *Historia de las doctrinas económicas*, «Instituto Editorial Reus», Madrid, 3.ª ed., pp. 6 y ss.

imprime entonces a la sociedad un movimiento que se convierte en una tendencia perpetua hacia el mejor estado posible. En suma, que no hay más que dejar hacer, *laissez faire*.»

El *orden natural* de los fisiócratas, providencialistas en cierto modo, aparece ampliado y humanizado por Adam SMITH, a la vez que expuesto en forma más científica. Su principio básico es que el Estado, por su misma naturaleza, no es adecuado para las funciones económicas. «No hay dos caracteres más opuestos (*inconsistent*) en apariencia que los de comerciante y gobierno.» Los Gobiernos «son siempre y sin excepciones los mayores pródigos de la sociedad». Porque utilizan el dinero que otros han ganado; porque están alejados en demasía de las empresas particulares para poderles prestar la minuciosa atención que exigen; porque, en definitiva, el Estado es mal administrador.

Adam SMITH es un individualista radical; por eso propuso que todo lo que aún quedara de dominio señorial se repartiera entre los particulares. Incluso era hostil a las empresas privadas colectivas, como, por ejemplo, las sociedades anónimas, porque, según él, en ellas queda anulado el interés personal. Consecuente con su ideología, no admite más intervención del Estado que la estrictamente limitada a los casos en que la acción individual sea materialmente imposible. De ahí que no le reconozca como propias más que estas tres funciones:

- 1.ª la administración de justicia,
- 2.ª la defensa de la nación,
- 3.ª el deber de crear y sostener determinadas instituciones, cuya vida no pueda o deba quedar a merced del interés privado de un solo individuo o de un reducido número de personas.

Que Adam SMITH dijera esto en 1776 y en Inglaterra, esto es, en la Inglaterra de aquella época, no constituía ciertamente ningún disparate. La prueba es que su teoría dio, sobre todo allí, muy buen resultado en muchos aspectos. Pero que Ludwig von Mises, por citar un ejemplo, sitúe la *utopía* en el sistema económico de *mercado*, en la época en que éste escribe, nos parece demasiado.

Si calificamos de utópica la doctrina de Von Mises es porque nos parece que la realidad no podrá ofrecernos un funcionamiento del mercado en los términos de perfección por él imaginados en el mundo moderno. El mercado, para este autor, no es ni un lugar, ni una cosa, ni una asociación, sino un proceso reflejado en cada momento en la

estructura de los precios, cuya mecánica funciona sin necesidad de compulsión o coerción, porque el ambiente social permite que opere espontáneamente, sin necesidad de que ningún dictador gobierne, ni que ningún jerarca económico señale a cada uno la tarea que deba realizar. Todo el mundo es libre; nadie está sometido a déspota de ningún género; las gentes se integran por voluntad propia, en régimen de cooperación.

Esto, de ser así, sería sencillamente el paraíso económico, y, por correlación, la planificación, el mismísimo infierno. Porque para Mises no hay lugar para un *tertium genus*, ni siquiera para un Purgatorio. O Cielo o Infierno. Su pensamiento no puede ser más categórico: «Conviene distinguir netamente—nos dice—la economía de mercado de aquel otro sistema—imaginable, aunque no realizable—de cooperación social, bajo un régimen de división de trabajo, en el cual la propiedad de los medios de producción corresponde a la sociedad o al Estado. Este segundo sistema suele denominarse *socialismo, comunismo, economía planificada o capitalismo de Estado*. La economía de mercado o capitalismo, como también se le suele llamar, y la economía socialista son términos antitéticos. No es posible, ni siquiera cabe imaginar, una combinación de ambos órdenes. No es posible estructurar una economía mixta, un sistema en parte capitalista y en parte socialista» (123).

Con estas afirmaciones, y dadas las premisas de las que parte, no cabe la menor duda que, para Von Mises, decir planificación es igual que hablar de socialismo autoritario, comunismo o capitalismo de Estado. Es como mentar al diablo. Su visión de la institución, pues, es radical, absoluta, indiscriminada. La planificación, según él, donde se implante, termina por subvertir el orden natural de la economía, pervertiéndolo, como efecto inevitable de su operatividad malsana. Si no ocurre esto, puede colegirse, es que no es auténtica planificación. Visión, por lo tanto, escatológica y contrautópica, en cuanto es lo contrario de la imagen ofrecida por las ideaciones basadas en modelos de utopía.

No faltan autores que, no obstante su talante antimarxista, procuran desapasionarse al abordar el tema de la planificación, como ocurre con Karl JASPERS (124), reconociendo su inevitabilidad en el mun-

(123) Ludwig von Mises: *La acción humana*, Ed. Sopec, S. A., Madrid, 1968, p. 334.

(124) Karl JASPERS: *Origen y meta de la Historia*, Ed. «Revista de Occidente», Madrid, pp. 227-250.

do moderno y hasta admitiendo que no es mala en sí, sin perjuicio de abominar de la planificación total. En este sentido, C. F. WEIZSÄCKER (125) opina que «la planificación es inevitable en un mundo científico como el nuestro», aunque no se priva de formular unas nada halagüeñas predicciones, al sostener que es más fácil planear una máquina que la conducta de cierta clase de seres humanos que gustan de ejercer su voluntad libre. Lo que le lleva a decir sarcásticamente que resulta más fácil intentar la planificación de la conducta de esos seres, mediante el expediente de probar de tratarles como máquinas; porque —dice— «la esclavitud se planifica más fácilmente que la libertad». No obstante, todo esto no le impide reconocer que, «si no abrimos nuestra vida común al espíritu de la planificación, nos espera el caos».

Desde luego, existen motivos para pensar que los autores últimamente citados—como paradigma de muchos más—no dejan de ser contrautópicos, pues para no serlo se precisa partir de una predisposición y de un espíritu bien distinto. En el fondo, y no pueden disimularlo, a ellos no les gusta la planificación, y así no se va a ninguna parte. Quien de verdad desee dejar en vía libre a una determinada institución, tiene que empezar por poner en el empeño simpatía y un mínimo de entusiasmo; en definitiva, una creencia en la bondad y en la eficacia de la misma. Postura de la que parte Karl MANNHEIM (126), como consecuencia de su convencimiento—del que participamos nosotros—de que planificación y libertad no son incompatibles. En efecto, MANNHEIM considera que «el *laissez-faire*, la competencia libre, el ajuste libre también, fueron eficaces mientras dominaban el campo pequeñas unidades; pero, en cambio, ese mismo *laissez-faire* lleva al monopolio y a desajustes variados en todos los cambios de la vida social tan pronto como las unidades aumentan de tamaño y no hay nadie capaz de vigilar los síntomas de desorganización y de frenar los efectos acumulativos del desarrollo inarticulado. En estas condiciones, la libertad no puede consistir en no interferir, sino en una regulación que signifique una guía dentro de determinadas tendencias democráticamente elegidas».

Karl MANNHEIM, en esta línea, se muestra exultante: «Nuestra tarea —escribe— estriba en edificar un sistema social mediante la pla-

(125) C. F. WEIZSÄCKER: *La importancia de la ciencia*, «Nueva Colección Labor», Barcelona, 1966, p. 20.

(126) Karl MANNHEIM: *Diagnóstico de nuestro tiempo*, «Fondo de Cultura Económica», México, 1969.



nificación; pero planificación de una clase especial; tiene que ser planificación para la libertad, sujeta a control democrático; planificación, pero no una planificación restriccionista que favorezca a los monopolios de grupo, sean de hombres de empresa o de asociaciones obreras, sino «planificación para la abundancia», es decir, empleo total y total explotación de los recursos; planificación para la justicia social...; planificación no para una sociedad sin clases, sino para una sociedad que suprima los extremos de riqueza y pobreza; planificación para la cultura sin «nivelación por lo bajo»...; planificación que contrarreste los peligros de una sociedad de masas...; planificación para el equilibrio entre la centralización y la dispersión del poder; planificación para la transformación gradual de la sociedad, a fin de estimular el desarrollo de la personalidad: en una palabra, planificación, no regimentación» (127).

El quid de este ideario radica en una acertada dosificación de dos factores: poder y libertad. Dos factores nada incompatibles entre sí, siempre y cuando el poder sea democrático, pues, en este supuesto «... la democracia gobernante requiere un poder fuerte». Porque «El establecimiento voluntario de un orden social racional supone una disciplina capaz de corregir la espontaneidad anárquica de la naturaleza de las cosas. Para crear un universo nuevo hacen falta leyes, siempre leyes y leyes cada vez más rigurosas. A más audacia en la concepción, más rigor en la realización...». Pero todo ello condicionado a que «... el Estado no puede hacer efectiva más que la energía que emana de la voluntad del pueblo» (128).

Otro autor galo, Pierre MENDES FRANCE, tras recordar a su compatriota Maurice DUVERGER, y recoger el parecer de éste sobre la imposibilidad de una planificación democrática en un Estado débil, en cuanto en éste el mismo sector público no es más que un conglomerado de servicios y empresas que persiguen cada uno sus propias finalidades, sin una orientación global, opina por su parte que: «A régimen débil, planificación falseada» (129).

Sólo si este planteamiento puede llegar a tener efectividad práctica podrá quedar aniquilada del todo la idea contrautópica de la planifi-

---

(127) Karl MANNHEIM: *Libertad, poder y planificación democrática*, «Fondo de Cultura Económica», México, 1974, p. 50.

(128) Georges BURDEAU: *La democracia*, Ediciones Ariel, Caracas-Barcelona, 1970, p. 54.

(129) Pierre MENDES FRANCE: *La república moderna*, M. Aguilar, Madrid, 1963, pp. 90-91.

cación. Sólo así podrán quedar desacreditadas antiguas invectivas sobre el intervencionismo estatal, como aquella de Sir Charles Fox, para quien: «Una oficina del Gobierno es como un filtro invertido: se envían las cuentas claras y salen embrolladas» (130).

## CAPÍTULO V

### *Planificación y realidad*

Se dice de la planificación (según queda recogido en anteriores capítulos), que es un mito, un milagro, un reto, una mística, una aventura, una esperanza, una ilusión, una utopía, y otras cosas por el estilo. Pues bien, para que, a pesar de ello, pueda considerarse a ésta una institución seria y respetable, será preciso contar con algo más positivo a su favor; algo que falta en toda esa constelación de calificativos. Y que existe. El factor complementario y compensatorio de ese conjunto de afirmaciones se nos aparece desde el campo opuesto: la planificación, según esta otra vertiente, es un fenómeno integrado en el mundo real, por lo que puede perfectamente hablarse del realismo de la planificación, y de la planificación como realidad.

Que en ésta pueda verse un mito, y todo lo demás, y que, a la vez, pueda contemplarse, y sobre todo, su realidad, es un suceso que no debe maravillarnos, sencillamente porque la planificación es un fenómeno la mar de complejo. Por otra parte, no debe extrañar a nadie la inserción del fenómeno planificador en un plano realista, dada la amplitud de lo que comúnmente se entiende por *el mundo de lo real*. Así, Nicolai HARTMANN (131) nos tiene dicho a este respecto que «siempre que en el mundo se trata de la realidad de las cosas materiales, se trata justamente también de la realidad de las humanas relaciones, situaciones, conflictos, destinos, incluso de la realidad del curso de la historia». «En esto descansa —continúa— el peso del problema de la realidad; éste afecta siempre a la vez y tan directamente al ser de las cosas y al ser del hombre, al ser del mundo material y al ser del mundo espiritual». E insistiendo en la idea, remacha: «El concepto de realidad tomado por base aquí es, desde luego, un concepto amplio, que se halla

(130) Cita recogida de Herbert SPENCER: *The Man versus the State*, 1884, 3.ª ed. castellana de Ed. M. Aguilar, Buenos Aires, 1963, p. 107.

(131) Nicolai HARTMANN: *Ontología*, t. I. Fundamentos, Ed. Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 2.ª ed. en español, 1965, p. 213.

en oposición a todas las concepciones orientadas meramente por las cosas».

De cualquier forma, antes de seguir adelante, es obligado hacer una aclaración: la planificación auténtica, queremos decir la concebida con honestidad, no debe depender del planteamiento que se acaba de formular. Su dialéctica no tiene por qué discurrir en el terreno de la confrontación «*utopía-realidad*», puesto que la realidad es un dato —quizá el más importante— a tener en cuenta por los planificadores en todo momento, desde el principio al fin de su obra.

Lo que ocurre es que aunque estos planificadores sean de los más cautelosos y menos soñadores, será difícil que puedan evitar que su plan concreto (cuya naturaleza de norma jurídica no vamos a poner aquí en cuestión) no se vea sometido a la tensión entre el «*deber ser*» de la norma («*sollen*») y el «*ser*» («*sein*») de su efectividad práctica, esto es, entre las previsiones y las realizaciones.

Por otra parte, si de las normas imperativas se ha podido afirmar (132) que no basta un puro mandato para que exista una norma jurídica, al pensar que «sólo cuando el mandato se produce dentro de los límites o las coordenadas de obedecibilidad y se ajusta, con cierto margen, a las ideas y creencias generales sobre lo que es justo, correcto y adecuado, puede hablarse de una norma jurídica», con mucha más razón en los supuestos de normas planificadoras el peso de tales condicionamientos será mayor, sobre todo en los países de economía de mercado y de planificación indicativa para el sector privado, puesto que en ellos se lanza a la lucha una normativa, desprovista de su principal punto de apoyo: la coacción.

En estos casos, sin duda, la Ley del Plan es una Ley imperfecta, cuya efectividad queda principalmente a merced de sus destinatarios, a los que no se les quiere coaccionar, sino sólo sugerir. Ahora bien, ni coacciones, ni sugerencias, pueden servir para eliminar el poder de lo real, frente al ideal del planificador. Mas, es obvio que para poder librar batalla frente a cualquier poder, es necesario conocer su potencia y sus armas, pero, ¿sabemos exactamente cuáles son las de esa realidad, a la que tanto se apela, tanto por los gobernantes como por sus enemigos? He aquí la cuestión. Tirios y troyanos no dejan de invocar al realismo, como recurso o panacea, corrector de excesos o inconvenientes en esta materia, presuponiendo con ello la invocación

(132) Luis Díez PICAZO: *Experiencias jurídicas y teoría del Derecho*, Editorial Ariel, Barcelona, 1973, p. 45.

de un factor incuestionable y definitivo, olvidando que, como dijo ORTEGA (133), es una «¡Terrible, incómoda palabra!». «Para nosotros —si-gue diciendo ORTEGA— real es lo sensible, lo que ojos y oídos nos van volcando dentro: hemos sido educados por una edad rencorosa que había laminado el Universo y hecho de él una superficie, una pura apariencia. Cuando buscamos la realidad, buscamos las apariencias. Mas el griego entendía por realidad todo lo contrario: real es lo esencial, lo profundo y latente... las fuentes vivas de toda apariencia».

En la planificación hay que contar, de todas formas, con la realidad, en cuanto que, como situación o estado, ofrece lo que el mencionado Nicolai HARTMANN ha llamado «el peso, la resistencia, la dureza de lo real (134), y dado que «justamente en ellos toma la manera de darse la realidad una forma peculiarmente densa»; pero hay que contar con ella no ingenua o infantilmente, sino con plena conciencia de su complejidad y por lo tanto, de las dificultades en su captación. En este sentido Georg LUKÁCS ha destacado (135) el hecho de que «la realidad es siempre más rica y complicada que la mejor y más completa teoría que pueda construirse a su propósito» más «rica y diversa que cualquier ley».

Pero no es sólo eso; es que las complicaciones pueden provenir, no sólo de la realidad, sino de la persona que trate de interpretarla, puesto que, como ha afirmado el profesor RODRÍGUEZ DELGADO (136), «El hombre evalúa la realidad de acuerdo con una lógica dada», y así: «La interpretación puede ser errónea, pero si está de acuerdo con su sistema de valores, le deja satisfecho...». Por ello, tanto lo subjetivo como lo objetivo pueden presentar problemas desde sus respectivos ángulos, e incluso los mismos pueden agravarse por la interrelación entre uno y otro factor.

Queremos decir con todo esto que no basta con apelar a la realidad para ver alejados todos los peligros que pueden cernirse sobre la obra de los planificadores, no sólo por lo que anteriormente queda apuntado, sino también porque no todas esas apelaciones están hechas con el mismo propósito: las hay bien intencionadas, y las que se plantean con fines espurios, de enmascaramiento y sabotaje.

---

(133) José ORTEGA Y GASSET: *Obras completas*, t. I, p. 373.

(134) Nicolai HARTMANN, *ob. cit.*, p. 209.

(135) Georg LUKÁCS: *Problemas del realismo*, Ed. «Fondo de Cultura Económica», México-Buenos Aires, primera edición en español, 1966, p. 14.

(136) José Manuel RODRÍGUEZ DELGADO: *Planificación cerebral del hombre futuro*, Publicaciones de la Fundación Juan March, 1973, Madrid, p. 22.

El imperio de la realidad se impone, sin embargo, aunque, como se verá más adelante, no en la forma absoluta que algunos pueden pensar. Hay que contar ahora con ella, no sólo por sus propias exigencias, sino porque no sería discreto desoír las voces de sus oráculos en una época como la nuestra, en la que el realismo se invoca, desde los más diversos campos, como si fuera casi una religión. Precisamente por esto ha podido escribir J. FERRATER MORA (137) que «se halla tan extendido en la filosofía contemporánea, que se dice muy poco de un autor cuando se le califica de realista». Tanto, que hoy todo el mundo presume de estar en posesión de esta cualidad, lo que contribuye sin duda, por esta extensión desmesurada del concepto, a su generalización y a su desgaste, como simple lugar común.

De todas formas, sería injusto negar lo que las posturas realistas han tenido de benefactor, en los distintos sectores en que han actuado. Así, por lo que respecta a la filosofía pura, el realismo ha contribuido poderosamente al desmantelamiento de las exageraciones del *idealismo*. Como ha señalado también FERRATER MORA: «Mientras que las teorías idealistas del conocimiento suelen destacar el papel que desempeña *lo puesto*—la conciencia trascendental, los conceptos, etc.—, en el conocimiento, las teorías realistas ponen de relieve el papel fundamental, o exclusivo, que desempeña *lo dado*».

El realismo ha contribuido, sin duda, a que todo ese mundo de ideas construido por PLATÓN, KANT y FICHTE, tan alto, sublime, universal y abstracto, descienda de posición tan elevada, para tomar contacto con nuestro mundo empírico. Un mundo—éste—en que se atiende más a lo material y a lo histórico, que a lo formal y apriorístico. Una actitud que procura no quedar deslumbrada por las fascinaciones del *deber ser*, con el fin de encararse fríamente con el *ser* y con lo *existente*.

Realismo que también se ha dejado sentir en la Política (Max WEBER) y hasta en la Ética (J. L. LÓPEZ ARANGUREN), y, ¡cómo no!, también en el Derecho. En éste, especial ha sido el influjo ejercido por los juristas norteamericanos, iniciado en nuestro siglo, siguiendo el pensamiento precursor, entre otros, del juez HOLMES, quien, en frase que ya es clásica, afirmó que «la vida del Derecho no ha sido lógica; ha sido experiencia» (138). Entre nosotros, Angel LATORRE comentará (139) que:

(137) J. FERRATER MORA: *La filosofía actual*, Alianza Editorial, Madrid, 1969, p. 23.

(138) Benjamin N. CARDOZO: *La naturaleza de la función judicial*, Ediciones Arayú, Buenos Aires, 1955, pp. 20-21.

(139) Angel LATORRE: *Introducción al Derecho*. Ariel, Barcelona, 2.ª ed., 1969, pp. 166 y ss.

«Los realistas seguirán este camino y, rechazando todo intento de ordenar o concebir el Derecho como un sistema lógico, se dedicarán al análisis del funcionamiento real de los tribunales». Y los tribunales, escribe Benjamín N. CARDOZO (140), «saben hoy que no se debe considerar a las leyes aisladamente o *in vacuo*, como pronunciamientos de principios abstractos para la guía de una comunidad ideal, sino en el contorno y la armazón de las *condiciones actuales*, tal como son reveladas por los trabajos de los economistas y estudiosos de las Ciencias Sociales...»

Este protagonismo de las «*condiciones actuales*», a las que se refiere CARDOZO, plantea en la planificación una de las cuestiones más delicadas, puesto que, según Ernst FORSTHOFF (141), «El Estado, al planificar, elimina las condiciones inmanentes al proceso económico y las sustituye por las condiciones que él establece». Siendo esto la causa de que exista una realidad económica y social antes de que el planificador entre en escena, y otra, más o menos distinta, a partir del momento en que empiece a producir efectos su obra. Pero, si se es realista, debe pensarse que el plan, más que una *previsión* de lo que ha de suceder, es una *ideación* de lo que se desea que suceda o debería suceder; y el «*debería*» implica que no siempre ocurrirá así, y que, probablemente, ocurrirá de otra manera.

Hay que contar, por lo tanto, como algo inevitable, con la «*escisión que media entre las esperanzas y las realizaciones*» (142), que es en lo que pensaba GOETHE al decir que «la realidad es el ideal venido a menos». Siendo por esto por lo que el planificador debe procurar obturar, o reducir, la brecha entre las ambiciones y las posibilidades, para lo que es decisivo la forma en que se dosifiquen medios, recursos, técnicas, adhesiones, previsiones, tiempo, etc.

Todo esto plantea problemas de medida y de cálculo, resultando por demás pertinente recordar, con Marx W. WARTOFSKY (143) que: «En ningún caso resulta tan evidente la continuidad que existe entre la ciencia teórica y la práctica corriente como en el desarrollo de las técnicas y la teoría de la medida». «La racionalización de la práctica corriente

(140) Nicolás N. CARDOZO, *ob. cit.*, p. 62.

(141) Ernst FORSTHOFF: *Sobre medios y métodos de la planificación moderna*, en la obra colectiva «Planificación», t. I, Instituto de Estudios Administrativos, Madrid, 1974, p. 98.

(142) Robert L. HEILBRONER: *El gran ascenso*, «Fondo de Cultura Económica», primera edición en español, 1964, p. 19.

(143) Marx W. WARTOFSKY: *Introducción a la filosofía de la ciencia*, Alianza Editorial, Madrid, 1973, t. I, p. 228.

—tecnología— es la matriz en la que se forman los conceptos de la medida, y a la que éstos han de referirse para poner a prueba su adecuación...». «En la práctica técnica y cotidiana de la medida —continúa este autor—, ésta se utiliza para que resulte más sencillo *planificar* y organizar la producción y la distribución de bienes...». Mas WARTOFSKY confiesa que: «Dentro de los límites de lo medible, la *precisión alcanzable* no es siempre igual a la *precisión requerida* (144), refiriéndose poco después a la «*precisión máxima alcanzable*».

Ahora bien, si WARTOFSKY tiene toda la razón al opinar así, cuando está pensando más bien en la planificación de un medio reducido de producción, por grande que ésta sea (la de la «General Motors», por ejemplo), fácil será imaginar la forma de complicarse el problema cuando la buscada «precisión» se refiere a una planificación a escala nacional y a nivel de Estado. Empero la dificultad nunca debe traducirse en desánimo, ni menos en abandono. De ahí que dentro del conjunto de actividades implicadas en la común tarea planificadora, haya que contar con la específica de vigilancia y control, sobre la marcha del Plan respectivo. Al Plan hay que seguirlo como el médico debe cuidar al enfermo de cuidado: comprobando la marcha de la enfermedad y todas sus incidencias.

Hablamos de comprobación, como de la cosa más natural del mundo, como si se tratara de problema sabido y sencillo, pero debe advertirse que comprobar equivale a experimentar, en el sentido que aquí lo estamos empleando, cuando experimentar representa el talón de Aquiles de las Ciencias, hasta el punto de servir de motivo para la principal clasificación de éstas, incluyendo a unas en el grupo de ciencias experimentales (las físico-matemáticas), frente a las no susceptibles de ello (ciencias sociales y del espíritu).

«Desde luego, afirma Jan TINBERGEN (145), la comprobación metódica ha sido cosa más bien de las ciencias naturales que de las ciencias sociales. En cuanto a la economía, podemos situarla entre los dos extremos. Ello no obstante, en los últimos diez años más o menos ha ido en aumento la aplicación de métodos cada vez más precisos a las ciencias económicas y estos métodos son también cada vez más susceptibles de comprobación gracias al gran incremento registrado en cuanto a material estadístico.»

(144) Marx W. WARTOFSKY, *ob. cit.*, p. 230.

(145) Jan TINBERGEN: *Planificación del desarrollo*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1967, p. 200.

El mismo Jan TIMBERGEN sostiene (146), con toda lógica, que la necesidad de establecer regularmente comparaciones entre la planificación y la realidad, no sólo sirve para contrastar su importancia científica, sino que implica también un gran valor práctico: «En ello estriba —dice— la fundamental importancia de la comprobación en el campo de la planificación..., la comparación del plan con la realidad nos proporciona también un medio de evaluar la eficacia de la política de desarrollo que ha sido puesta en práctica.»

No obstante, una cosa es que haya que contar con la realidad; que haya que «soportarla», como nos dice N. HARTMANN (147), y otra muy distinta que la enraicemos con la idea de *destino*, de *predestinación* o de *fatalidad*, porque, como ha puntualizado Pierre MASSÉ (148), «se deben aceptar los hechos, pero no las fatalidades». Porque fatalidad y planificación vienen a ser dos ideas completamente antagónicas, en cuanto la primera considera el devenir histórico sujeto a unos patrones rígidos, preformados o determinados de antemano, mientras que la segunda trata de que en ese devenir, el hombre, y especialmente el administrador y el gobernante, tomen parte muy activa, imprimiendo al curso de la historia una dirección, a tono con las metas trazadas y los objetivos señalados.

La planificación, pues, ha de moverse por una vía intermedia, entre la fatalidad y la quimera. Los programas trazados no tienen garantizado, sin más, su conversión en realidad, porque no existe en esto la menor posibilidad de automatismo. «Una figura de lo por venir —ha escrito el citado P. MASSÉ (149)— puede ser coherente y pertinente y, sin embargo, quimérica, si no pertenece al campo posible de la causalidad histórica», porque, como apunta el mismo autor, no es suficiente que el objetivo sea *posible*, sino que es necesario que sea también *realizable*, es decir, que se trate de decisiones no desligadas de la realidad presente y compatibles con ella. Esto es, que una decisión puede considerarse realizable, cuando sea racionalmente previsible que la misma, en sus efectos, sea susceptible de asimilación o adaptación por la propia realidad, dadas las condiciones económico-sociales-políticas existentes.

---

(146) Jan TIMBERGEN, *ob. cit.*, p. 200.

(147) Nicolai HARTMANN, *ob. cit.*, p. 209.

(148) Pierre MASSÉ: *El plan o el antiazar*, Nueva Colección Labor, Barcelona, 1968, p. 37: frase que MASSÉ recoge de la exposición del Comisario general francés al Consejo Superior del Plan, julio 1963.

(149) Pierre MASSÉ, *ob. cit.*, p. 26.



El término «*practicable*» o «*realizable*» —expone MASSÉ— significa que «la decisión debe encuadrarse en las coacciones físicas, económicas, políticas y sociales del momento». «Una «decisión —puntualiza— que fije una tasa de crecimiento (de inversión) del 50 por 100 no sería practicable, puesto que impondría una disciplina de consumo que los hombres no aceptarían, y toda visión de lo por venir que reposara sobre su aplicación sería por lo tanto irrealizable».

Como acabamos de exponer, existen diversas «*coacciones*» condicionantes de la viabilidad de cualquier plan, pero no cabe duda de que, entre ellas, la más decisiva, y por tanto, la más estudiada, es la «*económica*», la cual deriva del problema origen de la preocupación central de todos los economistas: *el problema de la escasez* (150). Circunstancia ésta que es la que lleva a Max WEBER, pensando en un ámbito más general, a decir (151) que: «El hecho básico del que dependen todos los fenómenos socio-económicos... es que nuestra existencia física, al igual que la satisfacción de nuestras necesidades más ideales, choca en todas partes con la limitación cuantitativa y la insuficiencia cualitativa de los medios externos precisos para ello»; siendo precisamente esta circunstancia la que motiva, según el propio Max WEBER, que para la satisfacción de tales necesidades, «sea precisa *una previsión planificada, trabajo, lucha contra la naturaleza y la socialización con otras personas*».

Hay una frase, en el párrafo transcrito de Max WEBER, que no queremos pase inadvertida: «*lucha contra la naturaleza*». Y ello por las implicaciones que tiene en el tema en examen. Porque, pretender este tipo de lucha, ¿no es utópico? Si hemos de creer a E. CASSIRER (152) la realidad (y habla en términos generales), «no se acomoda a nuestros anhelos y deseos personales. Es demasiado dura para esto; *sigue su propia ley inexorable*», por lo que, si esto fuera cierto por entero, ilusoria sería la tarea de mantener esa lucha, y, por lo tanto, la misma, preconizada por WEBER, no tendría sentido.

Para responder adecuadamente a este problema conviene empezar puntualizando que la planificación no es una lucha contra la naturaleza, sino una actuación dirigida a la conformación del orden socio-

(150) Heinz KÖHLER: *Planificación y bienestar*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, p. 16.

(151) Max WEBER: *Teoría de las ciencias sociales*, Ediciones Península, Barcelona, 1971, p. 24.

(152) Ernst CASSIRER: *El mito del Estado*, «Fondo de Cultura Económica», México, 2.ª ed. en español, 1968, p. 303.

económico (en el que quedan implicados otros muchos valores: educativo, sanitario, etc.) con una determinada dirección, y en una concreta sociedad. Pues bien, si esto es así, existen opiniones contrarias a las deterministas, sobre la base de considerar que: «El orden social no forma parte de la *naturaleza de las cosas* y no puede derivar de las *leyes de la naturaleza*. Existe solamente como producto de la actividad humana. No se le puede atribuir ningún otro *status ontológico...*» (153).

El antagonismo de las tesis expuestas tiene solución en nuestro caso, debido a que el mundo socio-económico y el de la naturaleza (mundo de la cultura y de la naturaleza, empleando la terminología de RICKERT) no deben ser entendidos ni encerrados en compartimientos estancos, puesto que, como ha recordado G. FRIEDMAN (154): «Los medios naturales son, desde los orígenes de la prehistoria y por definición, medios relativamente técnicos», e «inversamente —remacha el mismo autor— no conocemos, ni siquiera en los centros más urbanizados, un medio técnico puro, del que esté excluida totalmente toda acción de los medios naturales».

El hombre, desde muy pronto, ya actúa como «*homo faber*», y el Estado, un multiplicador del poder del hombre, puede desarrollar actualmente fuerzas incalculables en todas direcciones, siendo por esto por lo que Jean MARCHAL no ha vacilado en calificar de «*faustiano*» al Estado moderno, incluso pensando tan sólo en la influencia de los Gobiernos sobre la vida económica de los respectivos países (155).

Sin duda, es por este poder por lo que se ha podido hablar de una «*geografía voluntaria*» y de una «*geografía voluntaria de la industria*». Y también por lo que Paul VIDAL DE LA BLACHE (156), fundador de la Escuela francesa de antropogeografía, reaccionando frente a la noción de «*género de vida*» en sentido naturalista y en cierto modo determinista, se preocupó principalmente de liberar a este «*género de vida*» de las rigurosas determinaciones de la causalidad natural, insistiendo en lo que él llamó *las preferencias contumaces del hombre*, producto de sus «hábitos organizados y sistemáticos que van cavando cada vez más hondamente su propio surco, imponiéndose por la fuerza adquiri-

(153) Peter L. BERGER y Thomas LUCKMANN: *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1972, p. 73.

(154) G. FRIEDMANN: *El hombre y la técnica*, Ediciones Ariel, Barcelona, 1970, p. 188.

(155) Citado por Jean MEYNAUD: *La elaboración de la política económica*, Editorial Tecnos, Madrid, 1969, p. 69.

(156) Paul VIDAL DE LA BLACHE: *Les conditions géographiques des faits sociaux*, «*Annales de Géographie*», 15 enero 1902, pp. 13-23.

da a las generaciones sucesivas, imprimiendo su marca en los espíritus y haciendo girar en un sentido determinado todas las fuerzas del progreso».

Creemos merecía la pena transcribir literalmente el pensamiento de VIDAL DE LA BLACHE, aunque éste lo emitiera en una época en la que la planificación aún no ocupaba la atención de los estudiosos, ni él, por supuesto, pensara en ella. Resulta útil porque parece como si presintiera lo que es capaz de hacer el hombre, debidamente organizado, si tiene el ardor y la voluntad suficiente para sostener sus «preferencias», sus «preferencias contumaces», como tan luminosamente expresa. Lo que él, con su intuición, llamó preferencias, es lo que el planificador moderno llama «*opciones*», sin apenas diferencias de sentido, a no ser la de simple matiz, por acentuarse en esta última terminología lo que en estas «*opciones*» hay de alternativa y de decisión excluyente. Util nos resultan sus ideas porque es en nuestra época, más que en ninguna de las precedentes, y debido precisamente al movimiento planificador, cuando se va produciendo un nuevo «*género de vida*», más liberado de la «*causalidad material*», pero, entiéndase bien, que es una liberación; más que del hombre como tal, del hombre aislado, como individuo, como personalidad independiente, del hombre organizado, social y políticamente, en definitiva, del Estado. Si nos referimos a éste, sí que tiene pleno sentido todo lo que apunta VIDAL DE LA BLACHE cuando habla de «hábitos organizados y sistemáticos que van cavando cada vez más su propio surco», cuando se refiere a imprimir «su marca en los espíritus», a imponerse «por la fuerza adquirida a las generaciones sucesivas», y cuando confía que se podrá hacer girar en un sentido determinado a «todas las fuerzas del progreso».

La acción humana, que, con la planificación, se potencia en gran medida, es la que, sin duda, más puede influir en un nuevo «*género de vida*», en cuanto es condensación de esfuerzos coordinados y de trabajo racionalizado, todo ello presidido por una idea, no necesariamente única u homogénea, sino, por el contrario, susceptible de matizaciones, y hasta de notables variantes, según el modelo elegido.

La planificación tiene que contar con la realidad, y partir de la misma, como tan repetidamente se ha venido exponiendo, pero, a su vez, puede segregar, mejor dicho, segrega, una nueva realidad. Esto es, que la realidad del mañana, cada vez dependerá más de la acción del hombre, en general, y del proceso planificador, en particular. De todas

formas, hay que pensar, con Lewis MUMFORD (157), que «la planificación auténtica no es una tentativa arbitraria para desplazar la realidad, sino para comprenderla», aunque sería más propio decir: para recrearla y conformarla.

Hablando de realidad, hemos enlazado la idea, casi sin proponérselo, a través de la cita de MUMFORD, con la de *autenticidad*; pues bien, nos parece que no exagera Karl MANNHEIM al expresar que: «Es posible que lo mejor que nuestros principios éticos puedan ofrecer sea *autenticidad y franqueza* como sustitución de los ideales antiguos». «*Autenticidad* (Echtheitskategorie) y franqueza parecen ser nada más que la proyección del *problema de hecho* general, del *realismo* de nuestro tiempo en el reinado de la ética» (158).

Si, conforme a esta afirmación, la inautenticidad, en general, puede considerarse una grave falta ética, resulta evidente que nada se opone para incluir dentro de esta generalización, el problema de la inautenticidad de la actuación planificadora. Por lo tanto, una planificación no auténtica, que no quiere decir desde luego que la verdadera sea únicamente la que responda a un determinado tipo, es algo peor que una mala planificación, e incluso que una ausencia de ella, porque es una farsa, una burla, en definitiva, que se hace a todo un pueblo. El pecado, pues, no puede ser más repudiable y degradante.

---

(157) Lewis MUMFORD, citado por Manuel FRAGA IRIBARNE, *La crisis del Estado*, Ed. Aguilar, Madrid, 2.º ed., 1958, p. 252, nota 93.

(158) Karl MANNHEIM: *Ideología y utopía*, Ed. Aguilar, Madrid, 2.ª ed., 1966, p. 333.